AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO
ESTE 4
TABA E
N.º 3

(2)

Summus queridus amicus
Pedro Diaz
R. S. Sz

CUENTOS NEGROS

Ó

HISTORIAS EXTRAVAGANTES

POR

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

ALBACETE.

EST. TIP. DE SEBASTIAN RUIZ.

1874.

R. 3782

Es propiedad del autor.

AL DISTINGUIDO ESCRITOR

D. RAMON CHICO DE GUZMAN,

EN SEÑAL DE ANTIGUO AFECTO,

EL AUTOR.

PRÓLOGO.

El *prólogo*, á quien la feliz imaginativa de Quevedo apellidaba *delantal del libro*, no me detengo en afirmarlo, es de antigüedad tan remota como la puerta de la casa y el saludo entre dos amigos que se encuentran en la calle. Por algo ha de principiar el discurso; y á ese algo dijeron *proemio* los griegos, *exordio* los latinos, que tanto vale como urdimbre ó comienzo, tomando la palabra del arte y oficio del tejedor. Despues, con

mejor acuerdo, la nacion helénica vínole á llamar *prólogo*, (y *preloquio* la gente latina), dándole su propio nombre de principio del discurso ó advertencia preliminar. Y los romanos, por aquello de que remudar vocablos es limpieza, fueron alternando tales voces con las de *prefacion*, lo que importa hablar y hacer primero y como prevencion discreta; *preámbulo*, noticias prévias y razones con que debe ir adelantándose quien necesita ganar la benevolencia del auditorio; *introduccion*, lo que guía y conduce á penetrar sin embarazo en intrincada materia; y *preludio*, el ensayo ó prueba de fuerzas en quien se dispone á la polémica ó lucha.

Andando el tiempo, surgieron los *prólogos* y *preámbulos galeatos*, bien pertrechados de morrion y coraza, y hechos unos San Jorges, á punto de guerra, autores maldicientes ó revoltosos.

Pero hasta aquí iba todo por cuenta propia del escritor, sin entrometimiento de agena ayuda; bastándose y sobrándose cada cual, para hacer entender su propósito y sacudirse de censores impertinentes.

Homero, há veintiocho siglos, déjase de prólogos y éntrase de rondon en el asunto,

pero con la cortesía de saludar primero á su Musa y pedirle que le hable del varon que, destruida Troya, recorrió innúmeras ciudades y observó los usos y costumbres de diversas y alongadas naciones.

Polibio, siete centurias menos antiguo, sigue un camino más estrecho y espinoso que el del poeta, narrando sucesos verdaderos y notorios, que se han de referir con puntualidad y exactitud extremadas. Y como perteneciesen á proezas de enemigos de su pátria los más de ellos, acude á oportuno exordio, para encarecer y alabar el oficio del historiador, admirarse de las grandes victorias alcanzadas por los romanos en poco más de medio siglo, y esplicar los móviles que le trajeron á referirlas.

Su contemporáneo y contertulio en casa de Lelio y Escipion, el discretísimo Publio Terencio, gloria de la romana escena dramática, ni privó jamás de prólogo á ninguna de sus comedias, ni descuidó que el actor más desenfadado y acepto, dejara de salir á recitarlo. Pareciale bien que, siglo y medio ántes, su modelo insigne, el ateniense Menandro, á quien el público tasaba aplausos y dinero, prodigándolos en cambio sin medida al co-

mellesco Filemon, se hubiese contentado con decir á su engreido émulo: «¿Cuando en el teatro me vences, nó se te cubren de rubor las megillas?» Pero creía Terencio mucho más útil, y no menos lícito desahogo, el de sacar públicamente todos los dias los colores al rostro de su rival El Poeta rancio, y dispararle desde la escena prólogos y prólogos muy acerados y valientes, ya para reirse de los que le motejaban por falto de originalidad, ya respondiendo á reparos injustos y necios, ya parapetándose contra censores andantescos y mal acondicionados.

César no ha menester vestir de prólogo ni de exordio sus *Comentarios*. Cual si todos los siglos viviesen en la Roma de su tiempo, así comienza, sin cuidarse de antecedentes ningunos los tres libros de *La guerra civil*: «Entregada por Fabio á los Cónsules la carta de Cayo César, vino con suma dificultad á recabarse de ellos que se leyera en el Senado.»

Al contrario, Salustio. En el *Iugurta* se deleita comenzando por investigar préviamente si la casualidad y fortuna ó la providente advertencia de los hombres deciden sobre la suerte de los imperios; y en el *Ca-*

tilina discurre acerca de la ambicion y ansia de gloria, si hay manera de encaminarlas para que nuestra alma no se confunda con la de los brutos; y cómo en la astucia, monipodios é impunidad de los malvados está la ruina y disolucion de las naciones.

Cada autor, pues, segun su génio, así principia y adereza su obra. Ya, como el espetado Ciceron, pone en claro de qué arbitrios se vale para no desdeñar, en mitad de gravísimos negocios, el cultivo de las letras humanas; y ya, como hace Plinio, sube de punto lo árduo que es dar novedad á lo viejo, autoridad á lo nuevo, luz á lo oscuro, fé á lo dudoso, y á cada tiempo y lugar su asiento propio y condiciones verdaderas.

En resolucion hasta el maravilloso invento de Guttemberg, el *prólogo* podia con toda certeza definirse: «La prefacion ó introduccion de un libro, para dar claridad de su argumento. ¿Hoy, cómo le deberiamos definir? Yo no lo sé.

Durante los siglos XVI y XVII brotan, cual en sombrío matorral los hongos, dedicatorias amplísimas, proemios, prefacios, prólogos, testimonios y elogios de vetustos escritores, censuras, advertencias, aprobaciones, esco-

lios, anotaciones, animadversiones, interpretaciones y comentos. Era muy natural: como que renacía toda la literatura antigua, sagrada y profana, clásica y romántica, la de las naciones prósperas y subyugadoras, y la de los pueblos olvidados y vencidos, para vulgarizarse y eternizarse ya por medio de la imprenta. Bizarros Mecenas, ganosos de fama legítima, costeaban lujosas ediciones; impresores generosos y sábios las realzaban con esmeradísima corrección; la industria interesable y sórdida, veíase falta de valor para asomar la cabeza y secar con su hálito hediondo el frondoso árbol del verdadero saber; ¿nó habia de ser justo y necesario, al presentar en banquete espléndido los suculentos manjares condimentados por las generaciones pasadas, avalorarlos con cuanto pudiera escitar y satisfacer el apetito?

Pero, de repente, los autores vivos, codician para sí las honras tributadas á los muertos; quieren asistir en vida al juicio de la posteridad, fantasearle, prevenirle; y solicitan agenas plumas, ambicionando prólogos, censuras y elogios, comentarios é ilustraciones, y que se pese y quilate el menor de sus pensamientos como hebras de oro de la ca-

bellera del sol. Quevedo entonces se vé en el aprieto de vociferar

> Ser cosa impertinente
> Que quien escribió ayer, hoy se comente;

y no está en manos de Cervantes reprimir la risa ante el ornato de prólogo é innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Decídese á ridiculizar que se valga de palabras y autoridades agenas quien puede y tiene derecho á decir aquello mismo, sin andadores ni permiso de nádie; y resuelve patentizar lo que debe ser un prólogo, dando en el del *Don Quijote* las reglas más sábias, amenas y fecundas para escribir libros de incomparable entretenimiento.

No condena el prólogo, sino que se le desnaturalice.

¿Ni quién censurará jamás el prólogo con que mi hermano el laureado autor del libro de *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, previene cuantos reparos pudieran hacerse á lo ameno y pintoresco de la narracion, al dramático artificio con que dispone los cuadros, al retrato y juicio, severos y durísimos á veces, que bosqueja y emite, de sobera-

nos ingenios; y al empeño que le aguija de no encubrir nunca la verdad, ni lisonjear á los malos y lo malo?

Trazar el prólogo toca al autor de un libro, porque nadie sino él conoce á fondo su pensamiento, y el fin que le impulsó á tomar la pluma, y lo que se les ha de advertir préviamente á los lectores.

Pero, de aquí, por ningun título se infiera que haya de vedarse á una obra aquello que tiende á vulgarizar lo que no estaría bien que el autor escribiese de sí propio. ¿Cuánto la literatura española no agradece á Mesinerio Barber su carta impresa al frente de la *Propaladia*, con las únicas noticias biográficas que hoy tenemos de Bartolomé de Torres Naharro? ¿Cuán vivamente no estimamos las que de Cervantes nos dió el Licenciado Márquez de Torres en los principios de la *Segunda parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*?

Plutarco, maestro del andaluz Trajano, vino á componer un opúsculo sobre la manera de distinguir del amigo, al adulador. Y en verdad que nos debe hacer cautos el entrometimiento ageno, para evitar que un adulador nos atufe, ó un indiscreto amigo nos

desautorice, ó ya un lóbrego y anochecido escritor, ambicioso de hablar profundo, ó ya un censor pando y maleante, se luzcan á nuestra costa.

¡Felicísimos una y mil veces aquellos autores que ven acompañado á un buen hijo de su propio ingenio, con otro de igual índole; y que le conduce y acaricia como á hermano, llevándole á nuevos y deleitables horizontes, y prestándole frescor, ayuda y sombra! De una *Introduccion* sé, publicada muy recientemente, donde el político, el filósofo, el lingüista y el historiador, luciendo sus muchas galas y no desfigurando sus opiniones individuales sobre hombres, cosas y tiempos, otorga beneficio insigne á la obra á que precede.

¡Felicísimos tambien una y mil veces los que, habiendo compuesto un muy hermoso libro, tienen la dicha de acompañarle con el juicio solemne y verdadero de su mérito, dictado por autoridad competente! Fuerzas é inspiracion sobrenaturales se necesitan para el fallo. Son menester la peregrina claridad y vigor de entendimiento, la vasta lectura, el buen gusto y despejo y el valor y entereza de un crítico de tal empuje como el Ilmo. Señor D. Manuel Cañete, para juzgar obras de con-

temporáneos, cual si ya hubiese caido sobre ellas la nieve de tres siglos, sin pasion favorable ó adversa, poniendo de relieve para la emulacion fecunda los aciertos, desarrebozando para la advertencia los descuidos, y prodigando á manos llenas tesoros de enseñanza y deleite.

Crítico de tamaña valía, que no yo, debió deparar la fortuna al cantor ilustre de *Colon*, al inspirado vate madrileño, al escritor elegante y castizo, noble realce de las reuniones literarias de la Corte durante muchos años, y que en los muy floridos de su edad tiene valor y abnegacion bastantes para refrenar el vuelo de su poético númen y de la bien nacida ambicion de su pecho y consagrarse todo á la defensa del inocente y del huérfano. Allí, en la Audiencia territorial que avalora los últimos confines de los manchegos campos, acercándose á las béticas y murcianas sierras, huye del mundanal ruido

> Y sigue la escondida
> Senda por donde han ido
> Los pocos sábios que en el mundo han sido.

Por Abril de 1866 sacó á luz sus *Poesías*, «advirtiendo que aparecían sin padrino; esto

es, sin que le preceda el acostumbrado prólogo de algun respetable crítico.» Hubiera sido supérfluo: bastaba leer la primer composicion del tomo, para desear poseerle y estudiarle, como de verdadero poeta.

En Agosto de 1871 publicó sus *Ultimos cantos*, modulando nuevos tonos y enriqueciendo nuestro Parnaso español con bellas y muy felices inspiraciones.

En ámbos libros creyó acertadamente que debia dirigir cuatro palabras á los lectores. Ahora que dá á la estampa un tercer volúmen, no se puede ya contener, y busca el padrino y el crítico tan deseado desde hace ocho años, sin tener de él necesidad ninguna, y sobre todo, sin encontrarle. El Sr. D. Rafael Serrano Alcázar escribe inspirado, claro y diáfano; y sus poesías y sus rasgos literarios no han menester escolios ni comentos. Popular su nombre, buscadas y apreciadas sus obras, ellas mismas se recomiendan y apadrinan.

Pero el libro que hoy nace, pide á no dudar un prólogo á la antigua; y este prólogo (segun llevo dicho hasta aquí) nadie le puede ni le debe escribir sino el autor mismo.

Y con efecto lo ha escrito inmejorable. ¿Hay nada que retrate con mayor fidelidad nuestra

alma tanto como una carta extendida en el íntimo seno de la confianza, abriendo de par en par nuestros sentimientos á un amigo? ¿Podría dictarse mejor prefacion ó introduccion para dar claridad del argumento y del móvil en estos *Cuentos negros ó Historias extravagantes*, que las líneas con que el Señor D. Rafael acaba de favorecerme y distinguirme? Vengan á dorar estas primeras páginas; y perdóneseme á mi que rompa el secreto, ya no inviolable, de la correspondencia privada.

La carta dice de esta manera:

«Mi querido amigo: como todos los vicios dejan huella, dejéla en mí no muy escasa el que tuve en la niñez de amar las letras con amor que diera fruto; y así sucede que aunque por entonces mi inteligencia, con el ardor de la juventud, olvidaba por el goce de la pasion que la inducía la paternidad de sus propias obras, hoy, más reflexivo por efecto de los años al par que todavía amoroso con la huella de aquel vicio de mi infancia, recojo esos hijos naturales que andan por ahí sin hogar y los reuno en familia dándoles casa en un libro.

Separado por mi estrella de la vida activa de la imaginacion para entregarme á la existencia oscura del hombre que gana el pan como Terencio, que lo ganaba atado ó poco menos á la muela de una

tahona antes de ser mimado por la esplendidez romana, así como dos años há en son de despedida de mi trato con las musas publiqué aquel libro que intitulé *Ultimos cantos*, así tambien hoy recojo estos papeles del rincon en que yacían, cubiertos de añejo polvo, que acusaba largo olvido, y quiero que vean la luz.

He vacilado al hacerlo, como vacilé al publicar mis libros anteriores, por temor de la época presente. Pero cedo ahora, lo mismo que cedí entonces, á un impulso irresistible: no me resigno con quedar de hombre privado. Juzgo que el hombre que come y vive y solamente vive y come es una piedra labrada, es menos que una piedra labrada, porque al fin la estátua y la columna ocupan lugar en el mundo del espíritu, mientras que el oscuro viviente acaba como el sillar, que acaba sin otro valor que el que le dá el haber prestado su apoyo al edificio, y de sus restos no hay memoria. Salgamos, pues, al mundo de la inteligencia para no quedar sepultados entre los escombros de la vida.

Pero ¿qué libro es este que nace? No lo sé. Unos cuentos, ó fábulas, ó historias, ú otra cosa diversa de todas estas que nombro, trabajos en fin escritos (escepto el último) hace años, siendo yo muy jóven todavía, y aun publicados algunos de ellos en los periódicos de la península y de América, sin que hasta el presente sepa yo qué es aquello que escribí, pues aunque bien parecen por su fondo historias y

por su forma externa cuentos, en realidad no tienen asunto histórico, ni fin moral, ni objeto de enseñanza, ni género literario: ello está así escrito y dice lo que dice porque así mi entendimiento lo pensó y mi mano lo grabó sobre el papel; mas la crítica no pregunte qué me propuse decir ó qué fué lo que quise hacer: lo que escribí escrito está y cuentos, fábulas, ó historias, cada uno de estos trabajos no es en resúmen otra cosa que un capricho de la pluma.

Por tales razones como llevo dichas y por otras que el lector conocerá por sí mismo esta obra se intitulará CUENTOS NEGROS ó HISTORIAS EXTRAVAGANTES.

¿Tendrán relacion de parentesco con las Historias extraordinarias de Poe? Lo ignoro, pero afirmo que cuando publiqué la primera de las mías yo no había leido á Edgardo Poe. Mis amigos habláronme entonces de sus obras que busqué enseguida y leí con sabrosísimo entretenimiento, pues en aquellas rebuscas de secretos de ciencia, hechas por un supremo naturalista del espíritu, se interesa la atencion y se satisface la curiosidad en una esfera muy superior á la en que figuran las comunes fábulas de aventuras amorosas. Pero declaro que no quise seguir ese camino, pues eso tanto hubiera sido como esponerme á que la crítica me enviase

á guisar huevos
más allá de las Islas Filipinas.

No quise seguir ese camino porque no me propuse seguir ni ese ni otro. Salí á pasear sin rumbo deliberado, y á la manera que en el caleidoscopio se revuelven los pedazos de talco ó de cristal para producir solaz con las combinaciones extrañas de figuras y colores, así yo revolvía en mi imaginacion las ideas que tenía á mano (si tan materialmente me es permitido expresarme) para producir esas historias, las cuales hoy, segun mi juicio, podrán ser calificadas de género bueno ó de género malo, de concepcion artística ó de simple despropósito, segun agraden ó disgusten á quien, sabiendo leer, leyere. Si el literato percibe en ellas el quid de las obras imaginativas, no sé cual será el lugar que les estará reservado, pero sé que deberán tener un lugar dentro del arte.

Viniendo ahora al objeto principal de la presente carta diré á V. que siendo como soy tan poco aficionado á prólogos, sobre todo á prólogos agenos, (á los que juzgo por lo comun como adelantados de la vanidad) que no lo quise ni aun para mi primera obra, he creido no sé por qué razon al intentar la publicacion de ésta que debía llevarlo y que debía ser de V. ¿Habré creido lo primero porque deseaba lo segundo? Así lo pienso. Cuando leí en los periódicos cierto juicio de un escritor extrangero, amante de nuestras letras, en el que afirmaba que V. se rejuvenecía asociándose á la juventud, me sentí contento, porque recordé sus cartas cariñosas, que

con tanto aprecio guardo, y ví comprobada con mi propia esperiencia la verdad de aquella opinion. Hoy le busco para que su nombre salga con el mío por esos mundos, en lo que, á la vez que recibo grande honra, esperimento cierto placer singularísimo, porque parece que de ese modo como había simpatía en los corazones habrá tambien fraternidad en las inteligencias. Además, su prólogo, como cosa suya, será digno de leerse y al fin atrayendo por su solo mérito la atencion sobre mi obra yo habré recibido de V. uno de dos beneficios indudables: el de que la conozcan si es buena, ó el de que sea mayor mi castigo si lo que he escrito mereciese ágria censura.

¿Querrá V. tomar sobre sí semejante impertinencia?

En la seguridad de que ha de hacerlo, le anticipa su gratitud con el afecto que V. sabe le profesa su verdadero amigo, = *Rafael Serrano Alcázar.* =
P. D. La imprenta espera. ¡Esto sí que es exigir!»

El extragado lector que quiera saber qué dice este libro, sin leerlo; ó el rebelde á toda autoridad, que aguarde sin embargo á que se le dé formulada la ciega opinion que del autor y de la obra está obligado á sustentar por tertulias y corrillos, han de ver por hoy defraudadas sus esperanzas. Con lo dicho en la carta precedente, basta para guía,

prevencion y discreto aviso de quien, lleno de buena voluntad, busca en la lectura honesto, sabroso y bienhechor pasatiempo.

Madrid 28 de Febrero de 1874.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA
Y ORBE.

EL CUERVO BLANCO.

AYUNTAMIENTO DE MURCIA
ARCHIVO Y BIBLIOTECA

EL CUERVO BLANCO.

I.

El vulgo es un sér temible. Sus fallos, dados siempre en favor de la injusticia, han sido causa en muchas ocasiones de grandísimos desastres. Cuando el inspirado navegante no encontraba puerto de donde salir para el nuevo mundo, cuando el profundo astrónomo sentia moverse la tierra bajo sus pies encadenados y cuando un ilustre español era quemado en la plaza pública de Colonia por pretender que habia descubierto la circulacion de la sangre, no

era sino el vulgo quien detenia los buques, ponia los grillos y atizaba las hogueras.

Cualquiera que sea medianamente observador habrá podido ver que muchas creencias que pasan por verdades axiomáticas no son mas que creaciones del vulgo, y tambien habrá observado que el vulgo no está solamente, como se dice, entre la gente ínfima, sino que hay vulgo hasta de reyes.

Pero de cuantos casos registra la historia en los que ese tiranuelo ha hecho sentir el peso de sus necias preocupaciones, ninguno semejante al que voy á tener el honor de contaros, el cual nádie me lo ha referido sino que yo mismo lo presencié, y lo aprendí bien de memoria, como que puse para ello toda la fuerza de mi atencion.

Era la víspera de San Juan, ó sea el 23 de Junio en nuestro calendario, y empezaban las sombras á extenderse por la tierra; no hay que enorgullecerse: debo decir, por esta menudísima partícula de tierra que deja el sol á oscuras para alumbrar á mas tierra; empezaba pues la noche de la víspera de San Juan, esa noche en la que en ciertos pueblos de nuestra malhadada Península hay acontecimientos sobrenaturales, salen apariciones, se escuchan presagios infalibles y se obran maravillas.

En el pueblo de.... donde pasó todo lo que voy á referir, reinaba profunda consternacion, las calles estaban casi desiertas y los pocos transeuntes que las cruzaban se miraban unos á otros en silencio deslizándose como sombras; parecía que cada uno recelaba de los demás ó que huía la presencia de quien pudiera descubrirle un crímen.

Yo no diré que en todo aquel dia el sol no alumbrase con claridad, pero sí que parecia que habia oscuridad en medio de la luz y que aquel aspecto lúgubre, aquella atmósfera pesada, aquella silenciosa agonía daban miedo.

La cosa no era para menos; en las afueras del pueblo habia unos barrancos destinados á muladares; un pastor, que se habia internado por ellos, vió un pájaro que ahondaba el pico en la tierra y que parecia que bebia con avidez; al acercarse el pastor el pájaro levantó el vuelo y de su pico cayeron gotas de sangre; se acercó maquinalmente al sitio donde estaba el ave carnicera y vió la maleza ensangrentada, y aunque no debió estrañarle, puesto que sabia el destino de aquel lugar, como la fatalidad triunfa siempre de todos los obstáculos, el pastor se detuvo, movió la tierra con el pié y casi en la superficie halló al parecer una cabellera humana;

siguió ahondando, ladeando tierra, tirando de aquellos pelos, y poco mas abajo halló evidente, indudable, el rostro de una persona.

Llamó en su auxilio, acudió gente, trajeron azadones, y escarbando la tierra, sacaron de allí cuatro cabezas humanas; eran bien conocidas: la del juez de primera instancia del pueblo, la del juez de paz, la del escribano y la del alguacil.

No habia mas: los troncos respectivos no pudieron ser hallados por mas escavaciones que se hicieron en donde quiera que el paso de una liebre habia removido la tierra.

¡Qué espanto! ¡Qué gritos! ¡Qué sustos! ¡Qué temores!

Pero lo que inquietaba á la multitud no era la pérdida de los troncos, sino que de aquel acontecimiento habia que dar parte á *la justicia*.

Se constituyeron por fin preventivamente las autoridades inmediatas; por lo pronto vino el alcalde del pueblo —y debemos declarar que ó no servía para alcalde ó le impresionó demasiado el suceso, pues á la vista de las cabezas le dió un desmayo y tuvo que sustituirle el teniente; — más tarde se nombraron nuevos jueces y se empezó á formar el sumario.

Las primeras horas fueron de susto y de terror;

cada cual creía que le atribuirían el asesinato de sus autoridades; no faltaba quien creyese que el pueblo en masa seria decapitado.

Por fortuna, X., R. y Q. fueron desde luego designados por la voz pública como los autores del crimen.

La delincuencia estaba palpable; eran parientes y acababan de perder un pleito con otra casa rica del pueblo, de la que se decia que habia sobornado á la curia; habian jurado vengarse del juez y del escribano, y evidentemente aquella era la venganza. Además, hacia bastantes horas que con pretesto de caza no parecian por la poblacion; el dia anterior al de la ocurrencia se les habia visto juntos, hablando quedo y con aire misterioso; eran hombres de mala vida, capaces de lo mas extraordinario; en su casa habia instrumentos terribles; en una de ellas se encontró un cuchillo de carnicero, cuya hoja manifestaba señales de haber estado ensangrentada; no habia duda, la familia decia que era de los carneros y de los cabritos; pero ¡ca! era indudablemente del asesinato; ciertas frases cogidas al vuelo por las mujeres venian demostrando desde hacia tiempo que ellos proyectaban algo grave; al prenderles se habian inmutado sobremanera.

Nadie mas habia en el pueblo de quien se pudiera sospechar ni remotamente; las declaraciones todas les acusaban; la voz pública era unánime. Ultimamente tres testigos (sobraba uno para los efectos de la ley) habian declarado que yendo ellos á la media noche anterior atravesando los muladares, les habian visto, *les habian visto* separar las cabezas de los troncos y enterrarlas, y que habian huido por temor de que los criminales abandonasen el campo y se creyera despues que ellos eran los autores; pero que *habian visto bien* que los delincuentes eran X., R. y Q.

Todas las pruebas vinieron á confirmar esta declaracion; se hizo la luz en la causa, y despues de autos, notificaciones, acusaciones, defensas, vistas, vistos, resultandos y considerandos, X., R. y Q. fueron ahorcados.

II.

Hé aquí de lo que se trataba la noche de la víspera de San Juan en todas las casas del pueblo,

cuando aun no habia llegado la hora de que los tribunales dictasen su última sentencia, pero cuando se sabia que no habia remedio para los tres delincuentes y que el cadalso se revolvía ya impaciente esperando que le cayera qué hacer.

Sí; la madera del cadalso no es inerte; Satan le infunde vida, y sus hercúleos brazos giran solos, y se retuercen de placer cuando se acerca la hora de estrangular á un viviente.

En casa del juez, ante quien se habia seguido la causa, se hallaban reunidas varias personas, entre ellas *el nuevo escribano*, el cura y el alcalde; todos grandes amigos del juez, y hablando del suceso, se les habia hecho mas de media noche, cosa extraordinaria en la vida de los pueblos de escaso vecindario.

—¡Cuánto me alegro, decia el alcalde haciendo gestos, de que mi mujer no haya presenciado estas ocurrencias. ¡Ella que es tan sensible! ¡Y tan nerviosa!

—Muy nerviosa, señor alcalde!

—Pues ¿y mi ama? dijo el cura. Hicieron bien en ir juntas á los baños y al pueblo de la Marcela; ¡oh! si hubieran estado aquí, Jesus mío; ese viaje fué providencial.

—¡Qué horror, señor juez, qué horror!

—¿Pero es posible que no se sepa á dónde fueron á parar los cuerpos que sostuvieron aquellas cabezas?

—¡Y qué cabezas!

—¡Oh, qué cabezas!

—Qué rostros, qué pelos; pero sobre todo ¡qué cabezas!

—Lo que es la del escribano ¡vaya un agujero que le hizo el animalucho!

El nuevo escribano se llevó maquinalmente la mano á la cabeza, y al mismo sitio donde tenia el agujero su antecesor.

—Ese pájaro debia ser el alma de algun litigante.

El nuevo escribano lanzó una mirada terrible sobre el que habia pronunciado estas palabras.

—Señores, gritó una mujer de edad madura; esta noche es noche en que se adivinan muchas cosas del porvenir; yo sé dónde adivinaron el año pasado que iban á tener este año dos desgracias; pusieron seis huevos de gallina en el balcon y al dia siguiente habia dos huevos negros; ¿lo veis? pues dos personas han salido de allí para el otro mundo; señores, no hay que reirse del poder de Dios, que como dijo el otro, cosas mayores se han visto.

Algunos hombres sonreian, pero las mujeres la escuchaban con profundo respeto.

—Sí, continuó, ¿quién puede reirse de los misterios de la naturaleza cuando cada dia nos revela secretos maravillosos? Ea, señores, si el señor juez me da su permiso, yo voy á hacer una prueba que nos va á dar luz para el descubrimiento de esos cuerpos infelices separados de sus cabezas.

—¡Y qué cabezas!

—¡Oh, qué cabezas!

La operacion era la siguiente.

Se cogia un mochuelo vivo; se le desplumaba; se le sujetaba á un tablero por su grande cabeza y por sus dedos versátiles; se le hacia con sumo cuidado una incision en la region abdominal hasta descubrirle las entrañas; cuando todavia el animal estaba vivo, se arrojaba por aquella incision un carbon ardiendo, se extraían las entrañas quemadas y se freían en aceite; este se recogía luego en una redoma, y poniéndose los espectadores en corro alrededor de una vasija llena de agua, se apagaba la luz, y la redoma iba de mano en mano para que cada cual dijese sobre la boca de la misma lo que sospechaba del asunto; luego el que dirigia la operacion cogia la redoma, siempre á oscuras; la vertía

sobre la vasija diciendo *ciertas palabras*; y sacando la vasija á los rayos de la luna, por las figuras que formase sobre el agua el aceite de las entrañas del otus se habia de adivinar la verdad.

Existe un libro (de orígen diabólico) que es la clave para la interpretacion de las figuras.

Apenas hay casa en aquel pueblo donde no se haga esta operacion todos los años para saber alguna curiosidad y aun muchas veces para invocar memorias de los difuntos.

Dos ó tres meses antes del dia de San Juan van los cazadores persiguiendo con redes y artimañas á las aves nocturnas que han de servir para el caso.

Son escenas de encantamiento representadas en el siglo diez y nueve en nombre de San Juan Bautista.

Hízose pues como quería la vieja, que yá tenía preparada su redoma, y al poner la vasija de agua en un balcon en donde daba la luna, exclamaron dos ó tres:

—¡Cabezas, cabezas!

Pero la mayoría:

—¡Oh! las alas de un pájaro, las alas de un pájaro.

El agua copiaba sin duda la imaginacion de los espectadores.

En esto sonó un golpe á la puerta de la habitacion.

Todos se volvieron con rapidéz.

El momento era solemne.

Abrióse la puerta y la concurrencia dió un grito de terror.

Una figura hedionda, negruzca, espeluznada, brillándole ojos fosfóricos en un rostro escabroso y atezado, metida entre arapos y con las manos retorcidas, un espectro; medio pordiosera, medio gitana; medio mujer, medio bandido, abrió una boca honda como un pozo y negra como la noche y dijo:

—«El cuervo, que vive de la muerte, enseñará á la justicia humana el camino de la verdad.»

Y cerrando con ímpetu la puerta salió de allí de estampía.

Hubo en la concurrencia quien la habia visto volar.

Por lo pronto quedaron todos aterrados, mirándose y sin atreverse á articular palabra.

El menos supersticioso cuando vé un caso extraordinario se olvida de su razon.

—¡Jesús mil veces! exclamó la de las pruebas.

—Hé ahí, señora, las alas del pájaro, decia otra muy quedo.

—¿Están Vds. viéndolo? San Juan Bautista nos

ayude. ¡Santo bendito! ¡Nunca mienten, nunca mienten tus presagios!

Todos temblaban con azoramiento; quedaron un rato mudos, inertes, y á cada crugir de una puerta saltaban de una manera nerviosa sin poder contener el impulso del terror; las mujeres encendieron luces á la Vírgen y al Santísimo, y obligaron á todos los presentes á rezar un rosario, que era interrumpido de vez en cuando por un instante de silencio, creyendo escuchar algun nuevo ruido, ó alguna voz humana; el mismo juez se habia olvidado de la mision de su autoridad; allí no había mas autoridad que el miedo; concluyeron preces y oraciones, y retirándose cada cual á su vivienda, se entró el juez en su despacho, cogió la pluma, y dijo para sí:

—No: yo no soy supersticioso, ni creo en brujas ni apariciones: esa mujer tendrá parte en esta causa; yo he debido perseguirla; pero ello es que aquí hay misterio y que no debo aventurar la vida de tres hombres cuando la duda arroja sus nubes en mi inteligencia. ¿Por qué tiemblo? Ea, escribamos al regente de la Audiencia del territorio y que se prevengan los defensores. Pero... ¿y si nada se descubre? No importa; va la vida de tres infelices.

Dicho esto, escribió al regente de la Audiencia di-

ciéndole que tenía motivos graves para suplicarle que influyese sobre la Sala de Justicia para que dilatara las actuaciones de la causa, porque se habia oscurecido la verdad y tenia angustiada su conciencia.

Los reos supieron esta nueva por sus defensores, brilló el gozo de la esperanza en sus semblantes y protestaron con grandes gritos que eran inocentes.

La esperanza suele ser la sonrisa del génio del desengaño.

Uno de los tres cayó en un vértigo al recibir la noticia.

Los otros dos lloraban con amargura indefinible, se abrazaban á sus defensores y pedian al cielo mas luz para la tierra, mas luz para la justicia humana.

¿Serían inculpables? ¡Qué horror debe sentir dentro del alma el reo que vá al patíbulo inocente! ¡Cómo se deben resquebrajar todas las fibras de su corazon! ¡Cuánta miseria debe mirar en la tierra! Cómo debe dudar hasta del poder divino!

La gente de curia, especie de anatómicos del alma, que acostumbrados á la diseccion de los cadáveres, no les afectan ya dolores ni gemidos, empezó sin embargo á interesarse por aquellos tres séres, víctimas acaso de la fatalidad.

Desde aquel dia fueron, pues, mejor tratados en sus calabozos.

Si eran inocentes, tal vez salieran libres; y si salieran libres... pagarían mejor.

Deberia abolirse *la última pena* solo por la posibilidad de que los errores de la inteligencia humana lleven al cadalso á un inocente.

Y sin embargo, la pena de muerte *vive* y la inteligencia humana es errónea, y muere la inocencia.

Sí, sí, no lo dudeis, muere la inocencia.

En el pueblo del delito habia empezado á preocupar la idea del cuervo.

Los vecinos se asomaban á las ventanas mas altas buscando siempre un pájaro negro por el aire.

Los cazadores le buscaban por los barrancos.

Y ¿qué más? el juez de primera instancia, el mismo señor juez de primera instancia, salía por aquellos alrededores y al ver de pronto venir una paloma, ó sentir volar un gorrion, se le crispaban los nervios.

Negaba que fuese haciendo observaciones, pero sus ojos iban ávidos de cuervo.

Todos, absolutamente todos, los que salieron en busca del pájaro conirostro, volvia sin haber hallado ni una pluma; pero todos habían visto un grande

pájaro blanco que venia de muy lejos, volaba de loma en loma y se escondía por aquellos matorrales.

—¿Será cuervo?

—Oh! oh! oh!

La sospecha quedaba desautorizada de una manera radical.

—¿Cuervo blanco?

—¡¡Cuervo blanco!!

—¡Nieve negra, fuego frio, oscuridad luminosa! ¿Quién ha visto cuervos blancos? El decir cuervo, es decir pájaro negro, ¡ya se sabe!

Los reos esperaban ansiosos, codiciosos, avaros, las noticias de su proceso; multiplicaban las preguntas á sus defensores; despertaban inquiriendo á todo el mundo, á la parte del mundo que veian, esto es, al calabocero. Su ansiedad no tenia límites, era infinita.

El juez de primera instancia escribió por fin al regente de la Audiencia que la sospecha y las dudas de que le habló en su otra carta se habian desvanecido; que le rogaba le dispensase por aquella peticion fuera de trámites legales y que no habia mas que seguir adelante y resolver con arreglo á rigorosa justicia. El regente recibió la segunda carta del Juez y no hubo remedio, X., R. y Q. fueron ahorcados.

III.

Doblaban las campanas en el pueblo de... por el alma de los difuntos en medio de un silencio sepulcral, y hacía una tarde cálida y oscura, cuando al través de las tinieblas del crepúsculo anticipado que reinaba en aquel horizonte cargado de tormenta, se vió venir, saltando breñas y corriendo desolada, una figura negra que alzaba los brazos de un modo desesperado y que no era otra cosa que una mujer que avanzaba hácia la entrada del pueblo dando grandes alaridos.

—Señor juez, señor juez, vecinos, todo el mundo, acudid; yo lo sé, yo lo sé. ¡Esposo de mi alma, ya no te puedo librar! ¡yo lo sé! ¡se ha descubierto el delito! ¡Yo sé quienes son los reos!

Y cayó rendida de fatiga, rodeándola el pueblo entero.

Era viuda de uno de los reos por quienes doblaban las campanas.

—Que cuente, que diga, que se sepa...

—«¡Se ha vuelto loca!» gritó una voz.

—¡Loca! ¡loca!—corrió de unos en otros.

Pasó el alcalde por medio de la multitud, recogió á la muger, y la hizo llevar á su propia casa para tenerla en observacion, encerrada en un cuarto y con esquisita vigilancia por si era cierta su locura.

Debemos añadir que el alcalde, al recogerla, estaba lívido y apenas balbuceaba las palabras. Sin embargo, cumplió su mision.

La viuda del ahorcado fué, pues, conducida á la casa del alcalde.

La llevaron á un cuarto aislado, tendiéronla sobre un lecho, se mandó despejar á los curiosos que se agrupaban, y ella, vuelta en sí de su aturdimiento, empezó á incorporarse, miró hácia la puerta de la habitacion, vió al alcalde en el dintel y

—¡Oh! gritó con toda la fuerza de sus pulmones, con un alarido terrible, apartando la vista y poniendo las manos como si quisiese rechazarle de su presencia.

—¡Está furiosa, está furiosa! exclamó el alcalde, y cerró la puerta todo desencajado.

La loca gritaba, pateaba, golpeaba las puertas, arañaba las paredes, decia palabras inconexas, blasfemaba, echaba maldiciones, promovia un ruido infernal.

El juez de primera instancia se empeñó en hablarle; pero el alcalde se opuso tenazmente diciendo que se enfurecía á la presencia de cualquier persona y especialmente de las que ejercian autoridad; que no podia resistir á los que habian construido la escala por donde su esposo habia ido al otro mundo; y logrando disuadirle, convinieron ámbos en enviar á la pobre loca á un manicomio.

Antes quisieron ver si podian calmar un poco su excitacion para tenerla, si era posible, vigilada en su misma casa, y al efecto trataron de que se le acercase el señor cura, hombre grave y persuasivo, respetado y muy querido de todas aquellas gentes: era un buen cura; pero al asomar el muy reverendo padre en el dintel de la puerta, recibió el pié de un banquillo de la cama, que á no tener mala direccion le hubiera hecho concluir en aquel punto su sagrado ministerio.

—«Asesinos, asesinos!» gritaba á todo esto la loca, cada véz que alguno asomaba por el dintel.

Dejáronla, pues, encerrada y conferenciaron sobre el modo de remitirla á la mayor brevedad á una casa de dementes.

Ella giraba por la habitacion, se arrancaba los cabellos, rugía, tenia verdadera furia.

De pronto, se detiene en medio del cuarto, mira hácia el techo y repara en una reja que estaba casi junto á él, en el tercio superior de la pared, y que daba á la calle.

—¡Ah! exclamó, ¡bien! ¡muy bien! Si yo encontrase ahora...

Y se puso á buscar por todos lados algo que no veía.

—¡No importa!

Y arrancando un pedazo de yeso de la pared y quitándose un zapato, escribió sobre la suela lo siguiente:

«Señor juez, Vd. está loco; venga por la reja que da á la calle; yo no estoy loca: pronto.»

En seguida envolvió el zapato en un pañuelo, acercó una mesa á la pared, puso encima los colchones de la cama, se encaramó sobre aquel promontorio, y asiendo fuertemente los hierros de la reja, llamó con mucha cautela al primer chico que acertó á pasar por allí, y le dijo arrojándole algunas monedas:

—Mira, vé ahora mismo casa del juez y dale esto *de parte de la loca*, ¿entiendes?

Voló el muchacho á cumplir su cometido y ella quedó asida á la ventana.

El juez, en el momento de desliar aquel bulto, se quedó estupefacto, creyendo ver ya una señal evidente del crímen, que daria por injusta su sentencia, lo cual le tenia hacia tiempo sin dormir; pero al ver lo que habia escrito, recobró la calma y solamente exclamó:

—¡Pobre!

Vaciló cortos instantes en cumplir el encargo de la infeliz extraviada, juzgando una estravagancia darle oidos; pero la curiosidad humana es irresistible y él tenia ademas grande interés en agotar todos los recursos sobre el negocio que le preocupaba; y así determinó oir á una loca como antes habia buscado un pájaro.

Verdaderamente los que no conozcan cómo obran en el alma ciertas impresiones dirán que el juez era inocente. Pero los que observen que de un diminutísimo piñon sale un árbol corpulento que desafia á los años y á los huracanes, verán que nada hay despreciable por pequeño sobre la tierra y que el juez aquel podria muy bien ser un sabio.

Salió pues de su casa, aprovechando la oscuridad de la noche, que empezaba á extender sus cortinajes de sombras, y se situó en la estrecha calleja á donde daba la ventana de la loca.

—¿Qué quieres?

—Chist... dijo ella con mucho misterio: acérquese, acérquese.

El Juez se acercó todo lo que pudo á la pared levantando el rostro para no perder de vista el de la reclusa; y esta, metiendo la cara entre los hierros, sacando mucho los labios y modulando una voz misteriosa, que parecía que queria arrojarla á la calle hilo á hilo, para que fuese toda al fondo, sin escaparse por otro lado ni un sonido, ni la sombra de la molécula imaginaria de un sonido, empezó á decir al juez.

—Yo, yo lo he visto, yo! ¡Yo! Yo he seguido al cuervo; sé donde está el nido de los cadáveres, el cuervo habia hecho un agujero, para meterse por allí; yo he agrandado el agujero, he quitado piedras, he entrado: ¿oye Vd., señor juez? he entrado ¡yo! ¿Y sabe Vd. quien ha matado á los jueces, al alguacil y al escribano?

—¿Quién?

—No ha sido mi esposo, no, no, no!

El juez aproximó mas el oido con marcada avidez y todo tembloroso.

—Han sido—continuó con voz mas misteriosa, casi imperceptible—han sido el cura y el alcalde!

El juez dió un paso atrás.

—¿Será posible? exclamó volviendo un poco de su sorpresa. Pero ¡bah! ¿quién se fia de una loca?

—Oye, juez, si tú no eres tan malo como el otro, ve mañana al *barranco negro*, busca mucho, y donde veas tres montones de piedras que he hecho yo, entra y verás, ¡verás!

Interrumpieron aquí la entrevista, volvióse el juez á su casa, y despues de reposar un rato con visibles muestras de agitacion, llamó á un criado suyo y al alguacil y les dijo:

—Mañana, antes de romper el dia, salís de aquí sin que nadie sepa á donde os dirigis, y vais á esperarme á la entrada del *barranco negro*.

IV.

—¿Será posible?—se preguntaba el juez á sí mismo con frecuencia en el trascurso de toda aquella inmensa noche, en la que ni un solo instante se rindieron sus párpados al sueño.—¿Será posible? La gitana... la loca... el cuervo... ¡oh! y verdaderamente el cuervo es un animal feroz! Su graznido es

lúgubre, su olor fétido, su mirada aterradora; sus garras son terribles, sus hábitos carnívoros, infames; se divierte en sacar ojos; bebe sangre y come carne podrida; es el alma satánica de las aves; siempre sombrío; para procrear su horribilísima especie busca la sombra y la soledad; anida en la roca, descansa en las ruinas y goza en los lugares de los muertos. ¡Oh cuervo infame!

Sí; yo comprendo bien—añadia despues de una leve pausa—que los arúspices le estimasen como pájaro agorero, y que en Malta y en Feroe pusiesen á precio su cabeza, y que haya habido quien se coma sus entrañas para adquirir dón profético; todo lo comprendo; porque yo mismo, yo, que rechazo la supersticion, si mañana ese maldito cuervo nos descubre los cadáveres cuyas sombras me persiguen, tendría miedo de los cuervos, mucho miedo de los cuervos, yo seria supersticioso.

Y sin poderlo remediar temblaba y se le erizaban los cabellos.

—¡Cuervo infame! ¡Cuervo infame!—repetia.—Pero todo esto es providencial; yo acaso no he escudriñado bien todos los antecedentes; acaso he enviado á tres inocentes al patíbulo! Y ¿por qué hay leyes que fian la vida al error de la inteligencia de

GOBIERNO DE ARCHIVO Y BIBL

un hombre...? Sí, todo esto puede ser obra del cielo, un artificio de la Providencia. ¡Quizá yo soy criminal!

Le faltaba poco para llorar, y su imaginacion parecia extraviarse.

—Nada, nada, mañana al *barranco negro*.

Tal fué su última resolucion.

V.

El *barranco negro* era una profunda sima que formaba recodo en el fondo de una rambla muy honda, cuyo largo cauce, bañado por un riachuelo sin nombre, se abria entre matorrales y peñascos. Por el punto donde se encontraba el famoso barranco, el cauce de la rambla estrechaba sobremanera, y habiendo en los costados y cerca de la parte superior multitud de pinos, parrizas y adelfas silvestres, se proyectaba una oscura sombra en toda aquella hondura, que la hacia impenetrable por el temor, como ya lo era por sus espinos, breñas y derrumbaderos. Allí se guarecian de ordinario las culebras y los lobos.

Toda la rambla era respetada como habitacion de fieras; se decia que en una de las avenidas de la rambla se habia visto despues en sus orillas un cocodrilo; y la verdad para el pueblo era que los cazadores de aquel paraje llevaban muertos dos camaleones.

Aun no desceñia el alba sus primeras gasas de ópalo, ni se alcanzaba á distinguir la confusa silueta de los altos picos de las montañas, negros centinelas de la noche, cuando la puerta de la casa de nuestro juez se abrió con gran sigilo y dos hombres se deslizaron en la oscuridad.

A poco, un tercero salió del mismo punto y siguió mas de prisa los pasos de los anteriores.

Alguien siguió al último, porque él se paró dos veces creyendo escuchar algo que se arrastraba detrás de sí, y en efecto, un bulto atravesó, sin que él se apercibiese, desde una á otra de las callejas oscuras del poblacho.

Empezaban los vagos resplandores del crepúsculo cuando el juez penetraba por uno de los lados del *barranco negro*, y ya iba á incorporarse á su servidumbre, que le esperaba en el punto convenido, cuando vió venir con vuelo lento un grande pájaro que se dirigia al parecer á penetrar en el barranco por la otra extremidad.

—¡Silencio! dijo el juez, haciendo agazaparse á sus servidores.

—¡Blanco! le dijeron al oido.

¿Qué importa? contestó el juez con vehemente ira.

Apenas el ave hubo penetrado en aquella profundidad, siguieron ellos su camino, y ladeando zarzas, saltando grietas, escurriéndose por peñas lisas, oyendo correr aquí los lagartos, allí el tejon y la raposa, llegaron á un punto donde apenas habia luz, pero donde pudieron distinguir tres montones de piedras, de mas de un metro de altura; tales como le habia dicho la loca. Poco mas allá se distinguia la boca de un agujero. Se acercaron poco á poco, y al ruido de sus pisadas el grande pájaro salió con rapidez tratando de remontar el vuelo; mas el juez, que iba prevenido, le asestó un pistoletazo y cayó herido de muerte.

En seguida encendieron dos linternas y bajándose hácia la tierra cuanto les era posible, delante el alguacil, detras el juez y el último el criado, fueron penetrando en aquel lóbrego aposento que podia ser muy bien una enorme madriguera.

«¿Si estarán dentro los lobos?...» Esta consideracion se hacia el pobre alguacil á cada paso que

daba, y por si acaso, llevaba en una mano un cuchillo de monte y alargaba mucho con la otra la linterna.

Por fin penetraron, y lo primero que pudieron observar fué que cabian desahogadamente de pié dentro de aquella estancia.

«Esto se ha hecho para hombres» fué, pues, el pensamiento de todos. Y de seguro se habria provocado discusion sobre si el origen de aquella caverna vendria de contrabandistas, de brujas, ó de bandidos, á no ser porque el juez callaba y los demás no se atrevian á dirigirle la palabra en aquella crítica situacion.

Repararon en su alrededor, primeramente un cuarto pequeño, lleno por todos sus rincones de huesos, de plumas y de pieles. Evidentemente allí habitaban ó habian habitado animales carniceros.

Una puerta, ó abertura, de medianas dimensiones, daba paso á otro cuarto que parecia mayor; entraron y ¡oh! allí, allí mismo, enmedio del suelo de la habitacion monstruosa, habia cuatro cuerpos mutilados, en estado perfecto de conservacion y con trazas de haber sido desenterrados hacia poco; estaban enteros, sin una picadura; si posible es decirlo, intactos; solo les faltaba la cabeza.

Alumbraron con las linternas, y el criado dijo en seguida fijándose en uno de ellos:

—Este debe ser el señor juez.

El juez vivo no tenia un solo pelo en mansedumbre.

—No, replicó el alguacil; le conocia yo mucho; era mas robusto que ese. Ese era el escribano.

—¡Ah! mira aquí á tu compañero; este era el alguacil; bien le conozco.

—¡Pobrecillo!

—¡Jesús! ¡Santo Cristo!

—¡Señor juez!

—¡Ya miro! ¡Qué es esto!

—¡Estos dos cuerpos... son dos mujeres!

—¡Dos mujeres!

—¡Dos mujeres!

—¡Oh!

—¡Oh!

—¡Oh!

Examinaron aquellos cadáveres, y por ciertas señas particularísimas, que ignoramos como sabian los presentes, reconocieron en ellos al ama del cura y á la mujer del alcalde.

El juez mandó al alguacil que se quedase allí de guardia mientras él iba al pueblo á prender á los reos presuntos y á enviar por el cuerpo del delito.

Salió de la madriguera y al levantar el rostro se halló junto á sí el de la gitana de la noche de San Juan. Tan espeluznado, tan negro y tan hediondo como entonces.

Por lo pronto el juez retrocedió lo que pudo, temiendo mas á aquella fantasma que á las visiones de la caverna.

—Señor juez—dijo la aventurera—vengo detras de vuestros pasos; yo soy una pobre gitana que vive de decir el porvenir y de averiguar lo que los demas no saben. Oí en este pueblo que se buscaba un muerto y le busqué y le encontré. Ví que habia una mujer que queria ver el muerto y se lo enseñé. Se ha vuelto loca: ¿quién lo puedo remediar?—Yo he creido siempre en los pájaros, señor juez; ví un pájaro que venia á una hora y otra hora, y dije: este me vá á descubrir al muerto; este pájaro busca un muerto, y los pájaros que buscan muertos, ya lo sabe Vd., señor juez, son los cuervos.—Vds., señor juez, son como los cuervos;—era blanco ¿y qué? era cuervo! decia Colás; el demonio tiene de todas pinturas; vaya si era cuervo! Lo dije y me escondí; y en el pueblo se reian de mi dicho, porque decian que los cuervos son negros, y no hicieron caso de este pájaro; ¿lo vé Vd., señor juez? ese era el

pájaro. Yo sé los secretos; yo soy gitana, señor juez.

—Pero sabes...

—Sí, señor juez, sí; hasta hoy mismo he estado haciendo mis averiguaciones. El juez y el juez de paz estaban relacionados con la mujer del alcalde y con el ama del cura; el alguacil y el escribano les ayudaban, y engatusaban á los otros; ellos lo supieron, y, si señor, señor juez, les cortaron ¡vaya si hicieron bien! les cortaron la cabeza á seis, y enterraron cuatro ahí.

—¿Y los otros dos?

—¡Ah! señor juez, como eran los principales, á los otros dos deberian comérselos.

El juez prendió por lo pronto á la gitana.

En seguida fué al pueblo y prendió al alcalde y al cura.

Estos confesaron su delito con los detalles mas horrorosos.

Despues se presentó el boticario (á quien se le al canzaba algo de naturalista) y viendo el gran pájaro blanco, dijo:

—Héle aquí: las alas largas y fuertes; veinte plumas, las tres primeras mas cortas, la cuarta muy larga, las medianas acabadas en punta; en la cola

doce plumas, las dos de en medio muy largas; el pico y las uñas de cornirostro, aseguran que decian *Colás*; no hay duda: CUERVO.

Entonces abrieron el Buffon y vieron que decia, en el capítulo que titula *Cuervos negros:*

«El cuervo es generalmente negro, pero su color varia segun los paises. El de la bahía de Saldaña tiene un collar blanco; el de Madagascar tiene plumas blancas en el vientre; el llamado del *Norte* tiene blanco el vientre, negro el cuerpo y blanca la cabeza; y últimamente, los hay *todos blancos* en Noruega y en Islandia, y se han encontrado algunos en el centro de Alemania y en el monte Jura.»

¡Ah, vulgo!

LA CARCAJADA DE UN MUERTO.

LA CARCAJADA DE UN MUERTO.

I.

El buen D. Patricio estaba todo lleno de muerte como ántes estuvo todo lleno de vida. Como era flaco y no muy jóven, habia empezado pronto la rigidez, todos sus miembros habian perdido su flexibilidad, que ya no les hacia falta, y poco á poco iba extendiéndose por ellos ese frio especial del cuerpo muerto. El color era pálido, pero no oscuro; señal evidente de que aun no se presentaba la putrefaccion. Su temperamento fué cálido, la enfermedad habia sido larga, habia desecado mucho su cuerpo.

y no era de temer que la putrefaccion se presentase muy en breve. Así lo aseguró el mismo que le envió al otro mundo; es decir, su médico.

El vulgo habia dicho que dos horas ántes de morir no conocía á nadie. Yo opinaría sin embargo que sólo era él quien no se daba á conocer; pero que en lo que el vulgo llama *dentro*, en su interior, en ese complicado engranaje de huesos, nervios, glándulas y tejidos, por donde se supone ridículamente que va el alma, como si siendo el cuerpo todo materia no diera lo mismo que viajase alrededor de la epidermis; allí, en ese mundo recogido hácia sí propio, D. Patricio veia claro, oh, sí, mucho más claro.

La muerte es una luz, un sol, y nada hay más claro que su aurora. Es el alma que nace á un horizonte despejadísimo. ¿Quién lo duda? la vida es la sombra de la muerte.

D. Patricio habia tosido cuatro veces, habia dado diez ronquidos regulares, cinco medianos, tres casi imperceptibles, y en el último, un poco mayor, estiró el dedo cordial de la mano izquierda, bajó el lábio inferior, contrajo los párpados, inclinó la cabeza hácia el extremo de la almohada, y quedó así.

Aquella inclinacion de cabeza habia sido el punto final de su movimiento.

Como decimos, no murió; pero su cuerpo, ni cosa alguna de su cuerpo, no se movió más.

Su amigo íntimo, su inseparable, su casi hermano, ¡qué! su más que hermano, Fray Diego, aquel Fray Diego á quien el lector, si en sus diferentes trasmigraciones ha habitado el cuerpo de algun Jerónimo, conocerá perfectamente, llegó á él—no á él, *á ello*, poseido de la duda, de esa duda que es la última forma de la esperanza, y ensayó todos los recursos posibles para convencerse de la verdad. Le buscó las pulsaciones, le aplicó la mano al corazon, observó detenidamente la córnea de los ojos, puso en fin un espejo junto á su boca para ver si empañaba el cristal con el aliento... Nada, nada, no respiró, no se movió más; y Fray Diego derramó la primera gota de llanto de su vida.

Aunque el monasterio estaba medio derruido y sólo se conservaba por ser una gloria artística, tenia todavia intacto el panteon subterráneo de la comunidad, cuya traslacion no se habia hecho porque existía el propósito de reedificar la parte ruinosa, y otro más pequeño panteon, no subterráneo, sino al piso del monasterio, para los que morían en opinion de santos, que tambien se conservaba como lo hicieron los fundadores,—enteramente como lo hicie-

ron los fundadores, esto es, no habia entrado en él ningun habitante.

Al preguntarles el por qué de la diferencia entre ambos panteones, contestaban que las cenizas del pecador deben ocultarse en lo más hondo de la tierra, mientras que la carne purificada del justo debe aparecer en la superficie, donde se la pueda rendir homenaje y veneracion.

Con decir que el monasterio era de Jerónimos, se habla de su grandiosidad y de su magnificencia; pues aquella órden tan rica, tan cómoda y tan amiga de los grandes edificios, de las suntuosas iglesias y de los suculentos manjares, ha dejado huella de su paso en todos los lugares en que se halló.

El panteon de los escogidos era un verdadero modelo de arquitectura sepulcral. Su obra era toda de mármol, y su escultura digna del vencedor de Alcamenes. El suelo era una superficie regular octógona; de cada lado de esta superficie subia una ochava, disminuyendo hasta reunirse todas en un punto formando bóveda, en cuyo centro habia un severo floron del cual pendia una lámpara. Los nichos unos sobre otros subian en las ochavas hasta donde era posible. Sobre el cornisamento del superior ó último de cada ochava aparecia el ángel de la

muerte tendiendo un velo sobre una lápida que estaba al pié de un sauce y depositando una corona de oliva y de ciprés, todo como símbolo de la paz de los sepulcros. En el zócalo se veia debajo de cada fosa un religioso recostado sobre un lecho, apoyando el codo en la almohada y la cabeza en la mano, como lo vemos en las antiguas sepulturas góticas, indicando sin duda, como ha dicho un buen talento, que no quieren acostarse enteramente, porque el sueño de la muerte no es eterno, sino que hay que despertar. Al pié de esta alegoría habia un plano inclinado de piedra; pequeño reclinatorio para orar por los que fueron. En una de las ochavas estaba la puerta de entrada al panteon, que una vez cerrada tenia figurados de madera sus nichos, simétricos con los demás, de modo que no se distinguían; en la ochava opuesta habia una reja que al través de una gruesa pared daba á la calle, y cuyas maderas afectaban por el interior la misma forma. Así es que el que penetraba en el panteon, una vez cerradas ambas comunicaciones, sólo veia en su alrededor sepulcros, y no le era fácil adivinar la salida. Y se comprende que no habiendo de salir los muertos, así debia estar lo que era una habitacion de difuntos.

Sólo habia en aquel panteon un objeto que censurar; la lámpara; era de plata bruñida, con muchos adornos, recargada de hojas y flores que la entrelazaban como los chapiteles de las columnas corintias; no correspondia, en fin, á la arquitectura del monumento; aquello era á todas luces *rococó*.

«Aquí depositaré su cadáver» se habia dicho á sí mismo Fray Diego desde que se convenció de que su amigo caminaba á la sepultura. «¡Oh gran Pompeyo, Severo Caton, Scipion valiente! ¡Oh héroes de Fingal, cuyas hazañas regocijaron á los bosques caledonios! No como las de vosotros implorarán estas cenizas la compasion del viajero, ni acusarán la injusticia de los hombres.»

Le hizo embalsamar con miel como á los punghis, se proveyó del competente permiso y puso en práctica su proyecto.

Fray Diego era hombre de gran influencia en lo eclesiástico y en lo civil, y no era fácil que se le pusieran obstáculos á sus pretensiones. No señor, no era fácil.

—Ea, hermano Meliton, todos los nichos de este panteon aparecen cubiertos, y sin embargo ¡todos están vacíos!

—Abrid aquel.

— Voy sin tardar, Padre Diego; pero loado sea Dios, ¿era santo el hermano difunto para que goce la gloria de venir á tan sagrado lugar?

— Haga lo que le digo y no replique. ¿Lo entiende, hermano?

— Bien, Padre Diego, hágase lo que sea la voluntad de Dios y lo que mande vuestra merced.

El hermano Meliton quitó la especie de tapadera que cubria la fosa, y metió en ella á D. Patricio, ó sea el hermano Patricio; que despues se verá la causa de darle semejante tratamiento.

Fray Diego hizo arder por vez primera la lámpara que pendia de la bóveda, y quedó más de dos horas hincado de rodillas en aquel lóbrego aposento, en el cual ardió ya siempre la lámpara y en donde Fray Diego entraba, sin dejar de ir jamás, todas las noches.

El hermano Meliton, sin acertar á esplicarse aquella estravagancia, no hacia mas que repetirse en todos los tonos y cuando no le escuchaba su superior:

—¡Vaya unas ocurrencias que tiene el Padre Diego!

II.

—¡Ay, hermano Anselmo, buena cosa me preguntais! Quién era el hermano difunto á quien habeis sustituido; ¡bendito sea Dios qué pregunta, hermano Anselmo!

—¿Por qué, hermano Meliton? Loada sea la Providencia Divina.

—Esperaos, esperaos, que cierre la puerta de la celdica, que á la puerta cerrada se vuelve el diablo, y no lo digo esto por el Padre Diego, en el dulcísimo nombre de Jesús.

—Amen.

—Del Padre Diego sí que sabreis...

—¿Y quién no sabe del Padre Diego? Jesús Maria.

—Pero es más de lo que os figurais, hermano Anselmo; el Padre Diego es mucho hombre.

—Dígalo yo, hermano Meliton, que ayer cuando fuí á recibir de su mano el cubierto para comer, preguntándome, con esa cara que pone y esa voz gorda que tiene, cómo se llamaba uno de los instrumentos, contesté sencillamente: «la cuchara;»

y—«Cuidado, hermano Anselmo, con repetirlo otra vez; se llama *nápia*,—gritó,—y aquí no se pronuncia otro nombre. Y mirad no lo olvideis; siempre *nápia*. ¡Cuidado!»

—Pero hermano, ¿quereis decirme...

—Ese es el busilis; yo os lo esplicaré con el favor del cielo. Mirad, aquí para inter nos, el Padre Diego es jefe de la sociedad de *La Cuchara*. Ya sabreis, hermano, que en otro tiempo el duque de Saboya fundó una sociedad de este nombre que llevaba semejante insignia indicando que iban á tragarse á la Ginebra. Pues bien, aquí la han fundado para tragarse á todo el que hable mal de la santa religion católica, del Santo Padre y del feliz gobierno del Rey nuestro señor.

—¡Ah! ¿siii?...

—Sí, hermanico, y no os descuideis en lenguas, que no os ampararán los hábitos, ni los rincones del monasterio.

—Métome la mia donde me coja, que lo que es por ahí no han de coger á este fraile. ¡Canastillos! ¡Ave María purísima!

—Poned, poned la oreja, que vá poco hilo y el ovillo está muy gordo. Pues como decia, el Padre Diego, aquí para inter nos, es el jefe de la sociedad

de *La Cuchara*; por ahí las gentes han dicho que esto era una invencion, que ese nombre lo han puesto á las comunidades de los jerónimos porque comen mucho; pero no, yo estoy bien enterado. La sociedad de *La Cuchara* existe, ¡vaya si existe! su jefe es el Padre Diego, y su lugarteniente era el hermano Patricio.

—¿Y quién es el hermano Patricio?

—El difunto.

—¿El que habia en mi puesto?

—El mismo.

—¡Sopla! Y, decidme, ¿me hará ahora á mí lugarteniente el Padre Diego?

—¡Ca! Esas son cosas muy hondas. Aquel era un muy amigote suyo de largos años y de mucha historia, hombre de más misterios que el rosario, y de más camándulas que ora pro nobis tiene la letanía. Si viérais qué hombrecillo aquel! Sabio, eso sí, habia corrido la Ceca y la Meca, y conocia á medio mundo, y se escribia con el Padre Santo; pero hombre tan raro, tan extraordinario, tan estravagante... á veces sus palabras tan incomprensibles, ciertos actos en su vida... que, en fin, para mí ni cristiano, ni protestante, ni judío. ¿Quereis saber lo que me dijo poco antes de morir? Pues así que le dieron el

santo óleo, me llamó, y muy quedo y acercándose á mi oido: *Conservadme bien de las ratas*, exclamó, *ahora que estoy untado de grasa.*

—¡Jesús mil veces! ¿Os burlais?

—Lo que os digo.

—¡Pues se habrá ido poco derecho á la caldera! ¡Vaya!

—No, eso no. Eran lunares. Segun le daba. Otras veces era tan religioso, tan religioso... en fin, tan religioso, que, mirad, no podía hablársele de ningun asunto, porque queriendo imitar á San Francisco de Sales, si se le decia viese la frondosidad del huerto, exclamaba:

—Nosotros somos la hortaliza de Dios.

Si se le hablaba de arquitectura:

—Yo soy un poste de Dios.

Si de flores:

—Yo soy flor de calabaza; ¿cuándo dará fruto esta calabaza de Dios?

Y así en todo lo que se le decia. Luégo, cuentan malas lenguas, y Dios me libre...

—Vaya, no lo conteis, hermano, si son malas lenguas las que lo han dicho.

—Descuidad, no seais tan melindroso; la mia lo cuenta, despues escupe y sale hasta la cola del diablo.

—Vaya, pues contad un poco, que ya estoy con ánsias de oir.

—Pues dicen malas lenguas que el tal hermano era un viudo arrepentido. Que ántes andaba por ahí por el mundo, sin hábito ni ropaje que oliera á sacristía, aunque siempre con el Padre Diego, y siempre de la sociedad de *La Cuchara*. Que tenía un hijo de pocos años, y que en un viaje que hicieron él, su hijo y el Padre Diego á Roma y despues á América, pasando por la orilla de uno de aquellos bosques donde hay cada culebra como troncos de árboles y cada tronco de árbol como la torre de una iglesia, salió un hombron, feo como un orangutan y más salvaje que un andamano, echó encima al pobre chico las dos últimas sílabas de este nombre, se internó por aquellas encrucijadas y no le volvieron á ver.

—¡Demonio!

—¡Ave María Purísima, hermano Anselmo.

—Teneis razon, Jesús me valga. Me había dado miedo.

—¡Desde entonces cuentan que ya no volvió en sí. Juró venirse á la vida monástica, y como á la llegada del Padre Diego á este país le encomendaron con privilegio y órden de Su Santidad y del Rey

nuestro señor, la custodia de este monasterio mientras no se redifica, por ser el Padre de más virtudes, de más conocimientos y de más influencia de la Orden, asignándole dos hermanos legos para su servicio y compañía, uno quiso ser D. Patricio, que desde entonces se llamó el hermano Patricio, y el otro el humilde siervo de Dios que ahora alaba y reverencia su nombre.

—Por siempre, amen. Pero hermano Meliton, ¡cuánto sabeis!

—Pues mirad, me llaman lego.

—No lego, sino leido muy leido, que es tiempo diferente.

—No ofendamos á la Divina Providencia. El caso es que el hermano Patricio se pasaba las noches escribiendo, escribiendo, escribiendo, y luego no consentia que se le hablase de sus escritos; decia que queria parecerse á aquel noble veneciano que deseaba reformar el mundo, pero sin que el mundo supiese de su existencia. A pesar de estas excentricidades solia tener momentos de buen humor, y lo mismo para expresar este sentimiento, que el contrario, ved qué rareza, tenia una carcajada gutural; no, gutural no, de garganta, fuerte, aguda, rápida, que hacia así (siempre en tres tiempos): eh! eh! eh!

—¿Como un cabrito?

—Como un cabrito.

—¡Ay, hermano! ¿Y era lo mismo que vos lo haceis?

—Lo mismo, hermano; si la tengo en mis oidos como si pasase ahora; parece que la escucho; ¡Jesús! no quiero pensar en ello, que me parece que va á entrar por esa puerta el hermano Patricio. ¡Si vieras qué pesadilla de sueños toda la noche, escuchando el eh, eh, eh, del pobre difunto! R. I. P.

—R. I. P.

III.

La verdad era que el hermano Meliton no sabia una palabra, ni un átomo de palabra, de la verdadera historia del hijo de D. Patricio.

Efectivamente, D. Patricio habia tenido un sucesor, pero el tenerle habia sido su mayor desgracia. Vino á su casa de un viaje, y desde los primeros dias concibió horribles sospechas de la infidelidad de su esposa y de la perfidia de un opulento filipino, que en otro tiempo era muy amigo suyo.

Llegó el instante del alumbramiento; era más de media noche; nació la criatura, cogióla D. Patricio, y llevándola á la luz de un grande velon que iluminaba un dormitorio: «Aquí está, aquí está, dijo, ya lo veo, ya no me cabe duda.» «¡Joh!» exclamó con un ronquido especial, con los dientes apretados y dando una patada en el suelo.

«Si, esto es; la nariz, no la nariz, casi toda la nariz, es de su madre, justo, de su madre; pero ¿y la punta de la nariz? no es de su madre, no, ni mia, no; es igual, exacta, matemática, de ese filipino.»

«Hé aquí; la mano, los dedos, la segunda falanje, los nudillos, gordos, exhuberantes, porrudos, eso es, eso es, exacto, exacto, como los de ese filipino.»

«¡Maldita raza Mongola! ¡Su frente, sus ojos, su faz, todo! Estas pestañas aun no tienen color, pero mañana serán negras, negras como el ébano, como la hulla, como el humo del infierno, como las de ese filipino.»

«Sí, bien, sí; ¡un filipinito!»

Y diciendo esto, medio tiró al chiquillo sobre una cama y se fué en busca de su madre; la cogió por la cabeza, se la hizo inclinar hácia adelante, le levantó el pelo bruscamente, y sin escuchar sus ayes,

dijo: «¡Ah, ya lo decia yo; hélo aqui; debajo de la cresta occipital, marcado, duro, prominente; más aun, desarrollado, muy desarrollado; ¡pervertido! más que Mirabeau, más que Mitchel, más que Francisco I, más que Boutillier, más que Tibbets; hélo aquí, este fatal órgano; concupiscencia, amor sensual, impudicicia, lujuria; sí, lo tenía; y ¿cómo... practicaba sus impulsos si á mí me rechazaba á todas horas?»

«¡Ah! la ciencia no se engaña; Gall, Tiefenbruun, Spurzheim, Vimout, infames, no os engañais; ella amaba, deseaba, ¡¡sí!! deseaba; y... conmigo... ¡oh! no, de mí huía; ¡ese! ese opulento filipino.»

La madre murió, y D. Patricio no quiso que dijeran por su alma ni una misa. Solo dió un encargo sobre este asunto á su amigo el Padre Diego.

El hijo creció en poder de un pariente, y cuando ya tenia cinco años se lo llevó D. Patricio á una de sus escursiones, y le entregó en el viaje á un hombre feroz, que pasaba su vida cazando elefantes blancos en los bosques del Meinam y cogiendo oro á las orillas del Irrauaddy.

IV.

Esta era la verdadera historia del hijo de D. Patricio.

El buen señor, que ya venia largos años siendo primero amigo íntimo de la infancia de Fray Diego, y despues su auxiliar inseparable en la sociedad de *La Cuchara*, se retiró como lego al monasterio que estaba confiado á su custodia, donde, como sabemos, exhaló el pobre su último suspiro.

Aunque el hermano Meliton ignoraba completamente esta historia, aun hubiera agregado algunas noticias á las que confiaba en confidencia al hermano Anselmo, si no hubiera acertado á pasar por allí Fray Diego, y á su paso ocurrido lo siguiente.

Iba el Reverendo Padre en direccion á la casa de su amigo, es decir, al panteon de los santos; llegó á la puerta, puso la mano en el picaporte, y «*eh, eh, eh,*» escuchó dentro claramente, agudamente, indudablemente de boca de D. Patricio. Su carcajada, su misma carcajada.

Figúrate, lector, lo que te voy á decir. Fray Diego sufrió una fuerte contraccion nerviosa primero, un

terror horrible despues, y aunque era esforzado y varonil, en el término de algunos segundos sintió un frio sudor, un paroxismo, y cayó redondo al suelo.

Al ruido del cuerpo de su Reverencia, acudieron los hermanos, le trasladaron á su aposento, le soltaron las vestiduras, le aplicaron éter, pusiéronle á la corriente del aire, y por fin Fray Diego, todo espantado y descompuesto, volvió en sí.

«¡Oh! ¡horror! ¡horror! ¿qué quereis de mí, airado cielo? ¿Es un aviso? ¿Me llamais?»

«Pero ¡ah!» dijo mirando fijamente á uno de los legos. Y luego en tono de ira:

—¡Hermano Meliton! ¡¡Hermano Meliton!! ¡¡¡Hermano Meliton!!!

—Padre Diego...

—¿Qué hacíais allí? ¿qué hacíais allí?

—¿Dónde?

—¡Vos érais!...

—¡Cómo!

—Sabeis imitar la voz del difunto. ¡Os habeis reido en su sepultura!...

—Padre...

—Vos érais, hermano Meliton; el cielo descargará sus iras sobre vuestra cabeza; hermano Meliton, ¡sois un malvado! Venid, venid conmigo.

Y diciendo esto, se fueron los tres al panteon; puso el Padre Diego la mano en el picaporte, y «eh, eh, eh,» la misma carcajada resonó aguda dentro del aposento.

En dos brincos pusiéronse los dos hermanos á una regular distancia, y solo Fray Diego quedó asido al picaporte. Casi hacía fuerza para que no abriesen la puerta por el interior.

Ninguno de ellos resollaba. Por fin, resolviéndose el Padre, dijo:

—Entremos.

Y abrió rápidamente la puerta, metióse de pronto, y más despacio y muy cosidos entraron los hermanos legos.

Apenas estuvieron dentro mandó abrir la fosa, sacaron la caja, la abrió, y

—Vedlo ahí, les dijo con asombro. vedlo ahí; esa boca está abierta, torcida, como la ponia él; se ha reido.

Los hermanos apenas si atendían á las reflexiones del Padre, porque el susto no los dejaba tiempo mas que para temblar.

El Padre Diego exorcisó al difunto, mandó venir á los más virtuosos miembros de otras comunidades para entonar un responso, por si era que aun pena-

ARCHIVO Y BIBLIOTECA

ba el alma de aquel infeliz y pedía más sufragios en la tierra; pusiéronle luces alrededor de la caja, cubriéronle con un manto de la hermandad del Cristo del Perdon; y despues de haberles referido el Padre Diego el motivo de aquellas operaciones, cuando todos estaban asombrados de la ocurrencia, y uno de los más doctos tomando acta para incluirlo en su *Historia miraculorum*, cuando se disponían á empezar el de profundis, «*eh*, *eh*, *eh*,» sonó de un modo lúgubre en la habitacion, y hubo Padre que no paró hasta su monasterio.

Pero el Padre Diego habia podido observar entónces la verdadera causa de aquel acontecimiento; la dijo, metieron la caja en su fosa, le echaron una bendicion y se retiraron de alli, unos atribuyéndolo todavia á la Providencia, otros tomándolo á broma mediante la esplicacion del Padre Diego, y otros de mal humor, cabizbajos y corridos.

La causa era, como verá el lector, lo más fácil, lo más sencillo y lo más natural del mundo.

Era precisamente el dia de Todos los Santos.

En este dia habia una particularidad en el panteon, á saber: que se abría la reja que daba á la calle para que los transeuntes pudiesen orar por los difuntos. Aquel año era el primero que se cumplía

este requisito, porque era el primero en que habia por quien orar. Al mismo tiempo, como los que allí se enterraran habian de ser los que muriesen en opinion de santos, quisieron los fundadores que el público en ese dia los venerase. Y la verdad fué que, una vez abierta la ventana, se agolpó mucha gente, no por devocion sino por curiosidad, y como las cosas muy sérias suelen escitar la risa, alguno hubo de decir que aquello era «un pudridero de cogullas,» otro que «un archivo de pieles viejas,» otro «una biblioteca de difuntos,» y en alguna frase de las muchas que se dijeron, un muchacho de doce á catorce años, que estaba junto á la reja, soltó la terrible carcajada que tanto aterró á Fray Diego y á sus consortes.

Al poco rato, teniendo el Reverendo Padre delante de sí al autor de aquel suceso, que era un hermoso jóven, le decía en estos términos:

—Ven, ven, ¡conozco tus facciones! ¿Cómo te llamas?

—Patricio.

—Sí, Patricio. ¿Quién eres?

—No lo sé.

—Sí, no lo sabes. ¿Has vivido en esta poblacion?

—He andado mucho.

—Sí, has andado mucho. ¿Con quién has ido?

—Con un domador de fieras.

—Sí, con un domador de fieras. ¿Vive?

—Se lo comió un cocodrilo.

—¡Ah! eso no lo sabía yo. Es decir, ¿se lo sorbió?

—Se lo sorbió.

—Basta; te quedas conmigo; tendrás cuanto necesites; eres rico, no puedo aclararte todavía el misterio de tu vida, pero lo sabrás muy pronto.

Fray Diego se fué á su biblioteca á consultar algunas obras que le aclarasen sus dudas, y halló en un infolio de viejo pergamino: «que la naturaleza humana, llena de prodigios, ofrece el más asombroso en el impenetrable acto de la generacion, donde parece que se da de nuestra propia alma, y no de un alma comun que hay para todos de antemano en el universo, ó en otra parte, como creen mal encaminados filósofos, puesto que manifiesta frecuentemente en la nueva criatura los instintos, facultades, afecciones y demás caractéres que tenían sus generadores; y donde se modela la materia de un modo incomprensible por nuestro propio cuerpo, puesto que se vé en la nueva criatura no solo la semejanza de las facciones, de los gestos, del paso, de las posturas, sino hasta el timbre de voz... la

entonacion de la palabra... *la manera de reir...* accidentes que dependen en gran parte de las dimensiones, naturaleza y colocacion de los órganos, los cuales aparecen de tal modo en el nuevo sér respecto á su dimension, colocacion y naturaleza, que dan el mismo tono y producen igual sonido. *¿Quis oraculo introhibit?*»

Fray Diego, que ya habia observado detenidamente que el pobre muchacho no tenía en sus facciones ni la menor huella de la raza Mongola, se acabó de convencer de dos verdades: de que la carcajada no era del muerto, y de que Patricio era hijo de D. Patricio.

Al poco tiempo, por una de esas coincidencias tan frecuentes en la vida, recibió confesion á la hora de su muerte de aquel filipino, que se suponía padre de la criatura, quien le juró por la salud de su alma, que en breve iba á entregar á Dios, que ni la más leve mancha habia arrojado sobre el honor de la esposa de D. Patricio, la cual le merecía el concepto de ser un modelo de fidelidad y de pureza.

Entónces Fray Diego cumplió el encargo de D. Patricio; esto es, dijo una misa por el alma de la difunta.

UN ALMA EN PENA.

UN ALMA EN PENA.

TRADICION CUBANA.

I.

Circunstancias de mi vida que no importan á mis lectores, me hicieron llegar á Cuba no hace muchos años y visitar varios pueblos de la isla.

Hallábame en el pueblo de*** hospedado en casa de un antiguo amigo mio, con quien me habia relacionado íntimamente en la metrópoli, y que no olvidando las buenas horas que habíamos pasado juntos en los dias alegres de nuestra infáncia, procuraba agasajarme con esmero, proporcionándome tanto en su casa como en las posesiones que le

pertenecían todo género de comodidades y de placeres.

El asunto que á la sazon preocupaba á todo el pueblo, era que habia llegado Goyito.

—Goyito, Goyito ha vuelto. ¡Despues de tantos años!

—Si, y ha venido á su casa, donde juró no volver á penetrar.

—¡Oh! Habrá echado ya en olvido á la infeliz...

Goyito, me dijo mi amigo, conociendo mi curiosidad por saber aquella historia, era hace pocos años un jóven rico, despreocupado, calavera, que sin tener aquí parientes, amigos, ni aun fincas, vínose á este pueblo, edificó una casa suntuosa, llena de caprichos, y se trajo para habitarla á una elegante dama, preciosa mujer, de cuyos amores con Goyito hacía pasto abundante la murmuracion, pues aunque en todas partes se anunciaban como esposos, no todas las gentes los creían bajo la fé de su palabra.

Achaque es del mundo en lo advenedizo ó nuevo ser incrédulo.

Goyito era aquí el alma de todas las diversiones, el iniciador de todas las bromas, el indispensable en todas las fiestas. Su casa era para todos; allí el

baile, el banquete, los juegos, la jira, la algazara; las noches en casa de Goyito eran esperadas por los habitantes de*** como un fausto acontecimiento; al mismo tiempo daba copiosas limosnas; la ilustre dama, su esposa, se trataba con los pobres, é iba á visitarlos á su propia casa; y como el pobre recibe como un honor las deferencias del rico, que son en éste un deber, quedaban sumamente complacidos y se lo contaban unos á otros; se habian captado, en fin, de tal modo las simpatías y el cariño, que si contra ellos hubiera tenido lugar alguna persecucion, el pueblo en masa se hubiera levantado para defenderles.

—Y ese Goyito es el que acaba de llegar, le interrogué.

—Sí; pero hoy, segun lo que se murmura, no es el hombre de otro tiempo; ¡no se le habrá cerrado todavia la herida de su corazon!

Adoraba á su esposa, ídolo en honor del cual se celebraban todas las fiestas; y una noche despues de un magnífico baile en que ella habia aparecido radiante de hermosura, se retiró la concurrencia, acostáronse los esposos, y á otro dia de madrugada un movimiento casual del brazo de Goyito le hizo poner la mano sobre un objeto frio; despertó con

sobresalto, se acercó á ver lo que era, y era el rostro de su esposa, que estaba inerte, helada; la llamó y no respondió más; habia muerto.

—Horrible situacion. ¿Y que hizo entónces Goyito?

—Él mismo amortajó el cadáver; al ser de dia mandó hacer la caja; se difundió la noticia por el pueblo, y las gentes acudían en tropel á su casa; pero encerrándose en sus habitaciones, dió órden á los dependientes y criados de que nádie penetrase; la entrada de la casa y las calles que la rodean estaban completamente inundadas por la muchedumbre; no se oía mas que lástimas, sollozos, frases de sorpresa, palabras de compasion, y gritos de las mujeres; llegó el médico diciendo que iba á reconocer el cadáver, y entónces, sin abrir las puertas, asomóse Goyito á una reja interior, todo espeluznado y descompuesto:

—Vaya V. de aquí, so canalla, gritó enfurecido al ver al médico. ¿Viene V. á reconocer? ¿A dar fé de que es verdad? Pues qué ¿necesito yo que V. me lo asegure con su firma miserable? Léjos, léjos, ó ¡voto á brios!...

El médico, comprendiendo que no era hora de discutir con aquel hombre, se retiró entre la multitud; y tal era la influencia de Goyito sobre el pue-

blo, que ni la justicia, ni los curas, tuvieron empeño en cumplir con su deber; aquella misma tarde se verificó el entierro, y aunque á nádie se convidó, el pueblo todo fué acompañando el cadáver hasta dejarle en la sepultura.

Goyito arrojó de su casa á todos los criados, cerró todas las puertas, salióse de allí y pasó aquella noche en un cuarto modesto de un pobre labrador, sin querer que nádie le dirigiera la palabra, ni aun entrase á verle; á otro dia por la mañana desapareció del pueblo, y hasta ayer, que despues de diez años de ausencia ha regresado á esa casa, que como vulgarmente se dice, ha estado hecha un castillo, nada se ha sabido de él.

—¿Y no ha podido averiguarse...?

—Son tantas las fábulas que se inventaron y tan innumerables los comentarios que se hicieron del suceso, que nadie sabía ya á qué atenerse, ni cuál sería la verdad.

Algo se vislumbraba de más probable en medio de todas las conjeturas, algo se podia sospechar.

—Pero ¿y sus criados, sus dependientes?...

—Sabian ménos que los demás; supieron que habia muerto su señora, se vieron espulsados de la casa, y ésta fué la única noticia que trasmitían á quienes

les preguntaba. Aseguraban que sus amos se querían entrañablemente y que Goyito se volvería loco. Por espacio de muchos meses no se habló aquí de otra cosa; en estos últimos años se recordaba ya el lance como una tradicion ó una conseja del pueblo.

—¿Y la casa?

—La casa abandonada, sola. Hé aquí por qué hoy preocupa tanto los ánimos al ver que se abren sus puertas. Luego, se cuentan tales historias de la vuelta de Goyito...

—Hombre singular!

—Oh, ya lo creo. Y si pudieran saberse los pormenores de su vida... lo que ha sido de él en los diez años de ausencia... La verdad es que él aquí era un advenedizo de quien lo mismo podia pensarse bien que mal; pero su conducta, su liberalidad, su carácter hicieron que sólo se hablase de él para elogiarle. Yo confio en que al fin y al cabo llegaremos á descifrar el enigma.

II.

Efectivamente Goyito era un hombre singular; el misterio durante su vida de casado y diez años

de sombras despues de viudo; tales eran los puntos culminantes de su historia.

Sin embargo, entre las gentes hay algun oráculo que todo lo sabe y todo lo dice. Lo que ha de pasar se sabe ántes de que pase; lo que no es posible saber se adivina.

Ya por el pueblo de*** corrian rumores que levantaban una punta del velo de la misteriosa vida de los esposos y de la no ménos misteriosa muerte de la ilustre dama.

La vuelta de Goyito venía acompañada de largas murmuraciones y de muchos lances novelescos.

Su entrada en la antigua casa era incomprensible para los que sabian cómo habia salido de ella.

De lo que habia hecho al penetrar otra vez en aquellos salones desiertos donde con dificultad se abrían las enmohecidas cerraduras, donde negras arañas corrían por las paredes y donde la voz resonaba de una manera lóbrega, se contaban cosas que crispaban los cabellos.

Hé aquí lo que se decia: llegó por la tarde; aquella noche no durmió; entre él y un criado suyo se entretuvieron en ir quitando todos los espejos y quebrándolos; todos los candelabros, fanales, arañas y objetos de cristal, y rompiéndolos.

—Todo eso lo venderás por cristal roto, díjo á su criado; y el producto para tí.

—Pero, señor, valiera mas que me lo diéseis entero, y tuviera mayor ganancia.

—Silencio.

El criado quedó mudo y continuaron su operacion.

Mesas ataifores de ébano macizas con incrustraciones de marfil, ó con tableros de concha; un suntuoso tocador de palo santo, estilo del renacimiento; tremos árabes, de sorprendente magnitud; camas de angarilla á la española, con delicadísimo tallado; colgaduras de raso y terciopelo; arañas inmensas; un magnífico piano de Playel; sillerías caprichosas: todo se deshizo de una manera implacable; de lo mas modesto se hizo un apartado para los pobres; lo demas fué arrojado á un patio en donde iba formándose el monton de ruinas. Habia objetos preciosos, caprichos de la riqueza; nada se perdonaba; las alfombras, los cortinajes, todo era rasgado, arrojado, destruido. Era un lobo hambriento devorando corderillos dormidos dentro del redil. Era Atila devastando á su placer donde ejercía absoluto imperio. No habia que preguntarle por qué lo hacia; se veia allí un goce frenético en la destruccion.

Apenas hubieron deshabitado de muebles aquellos

salones, que fueron un dia templo de la molicie, quedó un instante pensativo sosteniéndose sobre el marco de una puerta.

—Mira, dijo á su criado; estamos rendidos; traeme café; luego descansa y almuerza; dentro de una hora vuelve y tráete otro hombre.

—Bien, señor.

Todo se hizo como habia mandado. A la hora entraron los dos hombres y encontraron á Goyito sentado sobre unos grandes cajones clavados que había traido en su viaje, y cuyo contenido se ignoraba.

—Venid, abramos estos cajones.

Levantaron las tapas y empezaron á sacar muchas piezas de bayeta negra; con ellas fueron vistiendo todas las paredes de la casa y el techo. Las maderas de los balcones tambien las vestían por el interior, y las de las puertas por los dos lados; de modo que cerrándolas quedaba cada habitacion hecha un cajon negro.

Sólo el piso se dejó como se encontraba.

Hecho esto, dijo á los criados:

—Abrid este cajon.

Y señaló á uno cuyo peso era enorme.

Al abrirle retrocedieron espantados.

—¡Silencio!

Los criados, mudos de terror, empezaron á extraer calaveras. Dos capas de estos restos venian en el cajon, todo lo demás hasta abajo eran huesos femur, vértebras, pedazos de esqueleto.

Al sacarlos rechinaban, crujían, se les desprendian partículas, parecia que sentian dolor.

En medio del techo de cada habitacion suspendió un cráneo.

El verlos girar en el aire, en medio de aquella atmósfera negra, enseñando á cada vuelta sus fauces descarnadas, sus bocas abiertas, sus ojos hundidos, era horrible.

Parecia que iban mirando en derredor y que unos á otros se hacian gestos.

Los huesos fueron colocados en cruz sobre la bayeta en los testeros de las habitaciones; en cada lienzo de pared donde ántes pudo haber un cuadro habia dos huesos puestos en cruz, ó más bien en forma de X.

—Venid, vamos á arreglar mi oratorio.

Entraron en una habitacion que hasta entónces habia estado cerrada y que tenia una gran reja á la calle; no habia muebles; vistiéronla como todas, é hizo colocar una mesa en medio, que tambien se cubrió de bayeta negra.

—Ea, abridme ahora este cajon largo.

Lo que habia dentro del cajon largo era un ataud; dentro del ataud habia algo que se oía rodar.

Colocáronle encima de la mesa, y abriéndole Goyito, sacó de él una maza de hierro de poco más de media vara de longitud por tres pulgadas de espesor en su parte más gruesa.

De un cordon que dejaron pendiente del techo en vez de calavera hizo colgar aquella maza.

—Vamos fuera, exclamó; este es mi oratorio.

En seguida, en un departamento compuesto de dos cuartos, en uno de los cuales tenia su cama y en otro una mesa que habia de servirle para comer y para escribir, hizo colocar algunas sillas de las que quedaron sin romper, segun decia, para poder recibir á sus amigos.

Hecho esto despidió á sus servidores, diciendo para sí: «hemos arreglado bien nuestro palacio.»

III.

Tal era aquella casa.

Cuando mi amigo hubo terminado su relacion, yo me sentía poseido de una impresion semejante á la

que debió experimentar el criado de Goyito al abrir en el fondo de un cuarto oscuro, un cajon lleno de cráneos. Sin embargo, esto mismo despertó mi curiosidad, y entré en deseos de visitar aquel palacio y conocer á su misterioso habitante.

Díjome mi amigo que él lo habia sido con gran intimidad de Goyito, y que aquella noche iríamos á preguntar si recibía, y en caso afirmativo le haría mi presentacion.

En efecto, sonaron las nueve de la noche, llegamos á las puertas de la casa, y confieso que al levantar el pié para pasar sus umbrales no podia sostenerme de azorado y tembloroso; entramos; un criado todo vestido de negro nos acompañaba, llevando en la mano una triste bujía que daba un resplandor siniestro á aquel inmenso panteon; pasamos un salon y otro y otro; aquello estaba imponente; no se me habia ocurrido nunca poder andar dentro de un ataud; así debe hallarse el alma cuando se alberga en la conciencia de un malvado; aquello era horrible; sólo la misma muerte podia vivir allí.

Frios, pálidos, mudos, entramos en el cuarto de Goyito; al ver éste á mi amigo le habló con voz apagada, diciéndole:

—¡Hola! pasa, pasa.

Mi amigo no se atrevía á abrazarle; le desconocia. Aquel, de quien me habia dicho que era un jóven respirando frescura y robustez, se presentaba á nuestros ojos demacrado, pálido, macilento. Sus cabellos en otro tiempo negros y ensortijados, caian blancos sobre su frente, escasos y con descuido. Habia arrugas en su rostro, hiel en su sonrisa, dolor en su mirada. No habian pasado más que diez años; pero era víctima de una vejez prematura. No era hombre vicioso; mas el alma habia corroido su cerebro; habia consumido todo el jugo de su naturaleza.

Todos los vicios juntos no son capaces de acabar con el cuerpo tan pronto como una idea fija ó un pensamiento destructor.

Hízose mi presentacion, nos saludamos y me senté entre otras personas que estaban allí en tertulia con Goyito.

A los muebles que hemos dicho que tenia este cuarto hay que agregar un relój de péndola, cuyos golpes eran fuertes, y cuyo monótono compás, quejido del tiempo que se escapa, oido á media noche en el silencio más profundo, desde el fondo de aquellos negros, espaciosos y solitarios salones, sería capaz de estremecer á las mismas calaveras.

Era un magnífico relój inglés, mandado construir expresamente en la fábrica de Lword en Stafordshire, de donde vienen la mayor parte de los que se conocen vulgarmente con el nombre de relojes de cuco, por tener figurada esta ave nocturna que para marcar la hora repite su canto lúgubre; solo que este relój en lugar del cuco tenia una lechuza, esa bruja de las aves, que á cada hora repetía su aterrador *chss*... de un modo sombrío, lento, espeluznante; parecía el génio de la muerte á quien estorbaba en aquella casa el ruido de nuestra respiracion; era una voz salida de un sepulcro que nos imponía silencio.

Todo encogido empecé á dirigir miradas recelosas á cuanto habia en mi derredor.

—Tú por aquí otra vez, Goyito; díjole mi amigo despues de los cumplimientos de costumbre.

—Sí, contestó; vengo á habitar mi tumba.

—Así lo parece. ¿Quién dijera hoy que este es tu antiguo palacio?

—Basta, basta; no me evoques recuerdos de aquella época. Hablemos de las cosas nuevas que ocurran por estos lugares. Cuéntame, cuéntame.

—¡En estos lugares! Desde que tú te fuiste, que eras el que todo lo animaba, ¿qué ha de ocurrir por

aquí? Nádie hace caso de los demás, apénas hay diversiones, y la vida se pasa con una monotonía insufrible.

—Es verdad; yo tenia buen humor; pero otra vez los recuerdos... ¡no hay remedio! voy á tener que aislarme y no hablar con mis amigos; necesito vivir solo, morirme solo.

Procuramos variar de asuntos en la conversacion que él seguia con gusto al parecer, aunque de vez en cuando se notaban muestras de grande inquietud en sus miradas y en sus ademanes.

Iba avanzando la hora, y de pronto mira al reloj, pónese de pié, y exclama con voz trémula:

—Señores, yo os aprecio mucho, os distingo; pero en esta casa hay un misterio impenetrable que yo quiero averiguar; la hora se acerca; seguidme si quereis; vosotros dareis fé de que no es locura de mi imaginacion; no estoy loco; ¿es verdad? La hora se acerca; venid, venid.

Y diciendo esto se salia con la única luz que nos alumbraba, por lo cual decidimos acompañarle aunque fuese á las antípodas ántes que quedarnos solos y á oscuras en una casa donde detrás de cualquier puerta asomaba la figura de un espectro.

Hasta entonces no le habíamos tenido por loco,

aunque sí por estravagante; sin embargo, empezamos á dudar.

Llegamos á la habitacion que él llamaba su oratorio, y no bien abrió la puerta, cuando los otros acompañantes que sin duba no tenian noticia de lo que allí les esperaba, retrocedieron de un brinco al divisar entre las tinieblas del cuarto un ataud y una maza.

El que ménos se creyó que allí nuestras cabezas iban á ser machucadas y en el ataud conducidas al cementerio.

—Pasad, pasad, la hora se acerca; faltan dos minutos; ¿veis esa reja? Está á veinte metros de altura; la calle es muy ancha; nádie pasa por la calle; asomaos, ¿lo veis? nádie; van á dar las doce; el pueblo duerme; la casa está sola; venid, aproximaos á la reja, no temais; pero escuchad, oid, chss... un segundo; din, din, din... las doce...

¡Bomm!

Un golpe tremendo sonó sobre los hierros de la reja sin que mano alguna se hubiese acercado allí, sin que objeto ninguno se aproximase á producirle, sin que nádie pasase por la calle, ni enfrente, ni cerca; solo, completamente solo; oido bien distintamente por cuantos allí estábamos, que quedamos sumidos en el mayor asombro y consternacion.

Salimos los más osados; la reja aun vibraba; nádie habia. ¿Qué fenómeno era aquel? ¿Qué misterio? ¿Qué presagio? ¿Era el cielo ó Satanás?

Al volver de nuestro espanto hallamos á Goyito de rodillas tirado en el suelo, hácia un rincon, con las manos en el rostro y como huyendo de algo que le persiguiese.

—Sí, así era anoche; yo lo oí; era ella, ella, ella... decia alzando la voz; no estoy loco, ¿es verdad? no, ¡no estoy loco!

—Pero ¿qué misterio aquí se esconde? exclamamos; ¿qué es esto? decidnos.

—Ah, sí os lo diré; lo habeis escuchado vosotros mismos; sí, sí, os lo diré; ¡todo os lo diré!

Cerramos la reja malhadada, y sin levantarse del suelo, arrastrándose en aquel rincon donde queria estar oculto, nos contó entre sollozos y frases entrecortadas la siguiente historia.

IV.

Yo era un mal hombre desde que nací; mi padre no tuvo intencion de que yo fuera su hijo; corriendo una aventura hizo trato con una mujer cualquiera

á quien nunca volvió á ver, y entónces vine yo al mundo; de modo que nací por casualidad.

Me ví hombre, con malos instintos en mi alma, hijos de mi mal engendro, con la mancha que al nacer habia dejado impresa en mi frente la luz del dia, ante una sociedad que aun pregunta por el ayer de la vida humana, y dije: «oh, sociedad, me vengaré de tí, cierras el camino á mi deseo, que es el camino del bien; el mal tambien tiene goces; seré víctima, me envenenaré; pero despues de envenenado te escupiré, y de mi boca saldrá veneno.»

Entónces busqué entre mis relaciones la familia más honrada, escogí en ella la hija más virtuosa, y al contemplarla envuelta en su pura aureola de candor, exclamé lleno de gozo: «¡bravo, hé aquí mi presa!»

Yo era jóven; gracias á vicisitudes que no son del caso, rico; segun el ascendiente que tenia con las mujeres y por lo que habia llegado á mis oidos, buena figura; segun decían, elegante, de talento, hombre decidor, de sociedad y de broma; con estas condiciones solo me hubiera faltado un elemento si este no hubiera sido en mí el que distinguía mi carácter: la intencion. Nunca me faltó, nunca fuí cán-

dido; y como habeis oido, en el momento de decidirme á la lucha mi intencion era de tigre.

Con tales armas era difícil la resistencia; yo sabía que mi victoria no iba á tener gran mérito; sin embargo, quería gozarme en ver á mis piés la víctima.

¡Oh, qué caro lo he pagado! Los más incrédulos de los castigos de la otra vida no debieran hacer el mal sólo por lo que se paga en ésta.

Empecé mi seduccion, exageré mis atractivos, pulí las pupilas de mis ojos, envenené mi palabra, describí sueños fantásticos, mundos ideales, escité aquella imaginacion vírgen y ardorosa, desde el mundo de la idea pude ya bajar algo á donde nacen los fluidos, exalté sus pasiones, y á los pocos golpes de zapa noté con júbilo que empezaba á desgranarse la roca de su virtud.

Es mia, exclamé; seguí adelante, y no habia pasado mucho tiempo, cuando aquella infeliz me declaraba que habia hombres á los cuales no puede ménos de rendirse la mujer.

Huyó conmigo de la casa paterna, vagamos por diversos paises, y últimamente vinimos á la isla de Cuba, donde escogimos este pueblo por guarida.

¡Desgraciada! Despues de enterrar su honra venia á buscarse á sí misma su sepulcro.

Aquella mujer seguía siendo virtuosa, no habia dejado de serlo nunca; como el ladron ata al caminante y le sujeta para robarle el dinero, yo até su inteligencia y sugeté todas sus fuerzas morales para robarle su honor; no pudo defenderse: cuando volvió en sí de su aturdimiento, cuando recobró su luz, se hallaba ya la vida en manos del asesino, se hallaba ya su honor entre mis manos.

Nos encontrábamos juntos, solos, léjos de nuestra casa y de nuestro país, sin más apoyo que nosotros mismos y sin más defensa que el secreto. Entónces aquella mujer pensó en sí propia, vió lo que hasta entónces no habia podido ver, su deshonra; oyó el eco de las maldiciones de su padre, estuvo á punto de maldecirme... pero me amaba, me amaba mucho, y lloró copiosamente.

Era la primera vez que habia yo dejado sola su inteligencia. Y desde aquella primera vez su inteligencia vió la verdad, su corazon amó el bien. Decidme, aquella mujer ¿habia perdido la virginidad de su alma? ¿No era virtuosa?

Desde aquel dia ¡lloró tanto! Todo su empeño era que nos casásemos; unirse á mí con las bendiciones del cielo. Sólo Dios podia borrar lo pasado.

—Mira, me decia muchas veces; tú ya conseguis-

te tus deseos; ahora tú mismo me dices que no me abandonarás; pues ¿por qué no nos casamos? Entónces podríamos pedir perdon á mis padres, nos lo concederian, y viviríamos dichosos; y... lloraba.

¡Pobre! Nunca consiguió ablandar mi corazon. Yo tenia en ella una querida, y no queria más. Era la espiacion de su pecado. Si me hubiera casado con ella, quizá entonces me habria asaltado la idea de que me habia casado con una mujer prostituida.

¿Véis cuanta es vuestra pérdida, infelices mujeres que abandonais el camino de la castidad y de la virtud? Por más que exagereis vuestra ventura, en perdiendo el pudor y la castidad no sois mas que un miserable instrumento de placer...

Vinimos á este pueblo, y siguió con la misma idea de que nos uniésemos ante Dios; pero su empeño era inútil; el tigre estaba satisfecho con su presa...

...Estoy rendido, os pido que me dejeis descansar, porque no puedo con la fatiga... Me rinde la tempestad que hay en mi alma, no el cansancio...»

Dejámosle en efecto y nos pusimos á murmurar unos á otros palabras al oido, mientras él se arrastraba en su rincon revelando en el rostro un grande sufrimiento.

Hubiéramos querido hacerle miles de preguntas;

pero su situacion nos imponia respeto, y por otra parte aun esperábamos saber mucho de la historia de aquellos misteriosos personajes que por largo tiempo habian sido allí los protectores de todos los necesitados y los ídolos del pueblo.

Así es que todos pusimos prontamente nuestra atencion, cuando despues de un rato en que habia procurado reponerse de su decaimiento visible de fuerzas, exclamó por fin:

—Continuemos.

V.

¿Vosotros sabíais algo de estos hechos de mi vida?

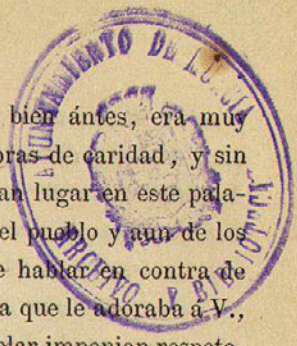
—Yo, no.

—Ni yo.

—Algo se susurraba por el pueblo, exclamó uno, de que no era verdad que V. fuese marido de la difunta.

—Sí; pero como la difunta era tan buena, dijo otro, nadie se atrevia á creer esos rumores; porque aquella mujer era una santa.

—¿Gozaba de veras esa opinion? preguntó Goyito.



—Y con justicia. Decia V. bien ántes, era muy virtuosa; siempre haciendo obras de caridad, y sin que en las reuniones que tenian lugar en este palacio á donde acudia lo mejor del pueblo y aun de los pueblos vecinos pudiera nadie hablar en contra de su virtud. Todo el mundo decia que le adoraba á V., y su manera de recibir y de hablar imponian respeto.

—¡Ah! ¿con que todo el mundo decia que mi esposa me adoraba?

—Nadie lo puso nunca en duda ni lo pondria ahora mismo.

—¡Ahora mismo! ¡Ah! escuchad, escuchad.

Bien recordais los bailes de mi casa. En ellos empecé á creer que queria de veras á mi esposa; estuve á punto de acceder á su constante pretension de que le diera ese nombre ante el altar. ¿Y sabeis por qué? Porque tuve celos.

—¡Celos!

—¡Sí, celos! ¿Qué importa cuanto han dicho Ideville, Bouchotte, Tissot y tantos mas sobre el divorcio? No era mi mujer y sin embargo en su deshonor veía yo mi deshonra. Aquí venian muchos jóvenes, mi esposa era muy bella, y me pareció que alguno la perseguía; es más, ví que ella no procuraba huir las ocasiones. Una noche se le cayó el

pañuelo de la mano, y *él* lo cogió para dársele; creí que lo habia dejado caer á propósito. Otra noche ví á un caballero que la llevaba del brazo á que tocase el piano: era *él*; otra noche, en la confusion del salon, se enredó un adorno del vestido de mi esposa en el boton de una levita; pasé por casualidad por allí, y me acerqué á ver el enredo; el del boton era mi hombre. No me cabía duda; aquella mujer me era infiel; como se habia ido de la casa de su padre conmigo, se iría de la mía con otro. El otro era *aquel*. Pensé matarlo, descuartizarlo, pulverizarlo. Pero no tenia seguridad; era sólo una sospecha. Dejé pasar el tiempo; llegó otra noche, y aquel hombre no vino. «¡Oh! exclamé con cierto regocijo; estaba yo equivocado; si eso fuera no faltaría *él* á estas reuniones, donde la ocasion se le ofrece tan propicia; no, no tenia yo razon.»

Mas en esto ví que mi esposa, que habia desaparecido un momento ántes, salia de otras habitaciones doblando un papel que se metió en el bolsillo.

¡Ah, una carta! ¡Ha hablado con *él*! ¡quizá por algun balcon! ¡esa carta será suya! Y mi inquietud ya no cesaba, ni podia separar la vista de todos los movimientos de mi esposa; hubiera querido despedir rayos de mis ojos que la hubieran hecho ceniza.

Ví que salió del salon; seguí sus pasos; entregó la carta á un criado en quien ella tenia toda su confianza; volvió al salon sin verme; salí al encuentro del criado, y «¡suelta infame!» le dije cogiéndole por el cuello y dándole un grito, detrás del cual vió él venir su muerte. — «Señor...» quiso decirme. — «¡Te despedazo!» Y al ir á cogerle segunda vez, saltó á la calle dándose prisa á huir. Entré, y en la primera habitacion donde habia luz leí lo siguiente: lo sé de memoria.

«Mi apreciable amigo: como esta noche nos acostaremos tarde, no saldrá Goyito á caballo mañana temprano, segun costumbre. No venga V., pues, porque estará aquí. Pasado mañana hablaremos.

»No habiendo tenido el gusto de verle por aquí esta noche, me veo precisada á enviarle la presente con el consabido dador, para evitar que se malogren nuestros planes.»

Y al fin de la carta la inicial de su nombre.

Estrujé el papel con la rabia de un leon. La verdad estaba allí patente; se veían todas las mañanas mientras yo salía á caballo; las primeras horas de cada dia eran dedicadas á amar á otro hombre; aquella noche no le habia visto, y el *consabido dador* le llevaba una carta para evitar una sorpresa

mia. ¡Oh! el furor me enrojecía; mis ojos se inyectaban de sangre; miré al cielo y juré; juré, sí, asesinarlos á los dos, á los tres; al dador tambien, á ese infame cómplice.

No me separé ya de mi esposa en toda la noche; se retiró la concurrencia; mandé cerrar; cerré yo mismo nuestra habitacion; me llevé medio arrastrando á mi esposa á un cuarto, á este mismo cuarto, ¡oh! á este mismo cuarto; aquí tenia yo esa maza, esa misma maza; mostré la carta á mi esposa, toda trémula, fria, sudorosa, descompuesta; alcé el arma homicida; «¡Dios mio!» exclamó, amparándose á esa reja, á esa misma reja; le dí un golpe en la sien; se guardó algo con el brazo; le tiré el segundo y no le dió... porque... al caer su cadáver pasó la maza hasta los hierros y sonó... como ántes, lo mismo que ántes... ese era el sonido... ese era el golpe... era mi maza... era yo... ¡¡soy asesino!!»

Todos acudimos á él, que se revolcaba y rugía como una fiera.

Una fuerte fiebre le devoraba.

Le condujimos á su dormitorio, y allí rodeado de todos nosotros quiso reanudar desde la cama su interrumpida relacion; á lo cual nos oponíamos tenazmente.

— Dejadme; exclamó con voz ronca y articulando á medias las palabras; quiero que se sepa que era virtuosa, muy virtuosa.

Oid.

En esta misma isla, léjos de este pueblo, he hallado hace poco al criado á quien yo quise matar, y me lo ha revelado todo. Aquella carta era para el señor cura; bien le recordais, era un santo; casi todas las noches de concierto le hacíamos venir á esta casa, aunque lo rehusaba hasta donde le era posible, y venía un rato solamente á estar con otros señores mayores fuera del salon; aquella noche no vino; mi esposa trataba con él por las mañanas, mientras yo salía, del mejor modo de convencerme á que me casase con ella; mucho porfió conmigo el pobre sacerdote; bien me acuerdo; ¡oh si fuera hoy! El mismo criado me dió indicios para buscar el paradero del cura; hice averiguaciones, dí con él, he ido á buscarle; me lo ha referido todo, todo; la carta era para él; me ha enseñado otras y me las ha entregado; era muy buena, era muy virtuosa; yo soy un infame; soy asesino; ella está en el cielo; ¡ella murió mártir!

Diciendo esto quedó aletargado por la fiebre; de vez en cuando se sentía su inquietud, y pasadas al-

gunas horas de letargo, tuvo fuertes accesos de delirio creyendo oir el golpe de la maza.

Hízose venir al facultativo y al cura del pueblo; ambos recetaron, uno para el cuerpo y otro para el alma, y sólo sabemos que las recetas de la tierra fueron inútiles; pues Goyito espiró aquel mismo dia víctima de congestion cerebral.

VI.

Entre los que habia presentes, recordando el pavoroso é inesplicable golpe de la reja, se repetía de unos en otros esta frase: *un alma en pena.*

Sin embargo, el fenómeno continúa repitiéndose; muchas personas, algunas de ellas muy despreocupadas que han estado en Cuba, lo saben y lo han presenciado (1). Hay quien supone que el fenómeno en cuestion debe ser ocasionado por la electricidad en relacion con el movimiento de nuestro planeta, á lo cual parece inducir la circunstancia de que el terreno en que el pueblo está situado es esencialmente

(1) Entre otras el célebre escritor D. Juan Martinez Villergas.

volcánico. Sin embargo, esta teoría no satisface á la ciencia; la cuestion está aun *sub judice* entre los naturalistas. ¿Si tendrán razon los que creen que son misterios del otro mundo?

Yo me reservo mi opinion; no me declaro partidario ni de los del cielo ni de los de la tierra, porque no quiero hacerme responsable de haber influido de un modo desfavorable á la verdad en el ánimo de mis lectores.

LA CASA DEL VERDUGO.

LA CASA DEL VERDUGO.

Entrad...

¿No?

Bien; yo os referiré lo que podíais haber visto, puesto que la curiosidad os impele á saber qué es lo que hay en el interior de la casa del verdugo y apesar de que os hallais delante de ella observo que teneis los pies inmóviles. Os interesa el pozo del cocodrilo, mas apenas teneis valor para asomaros. ¿Por qué? ¿Quién es el verdugo? Un *rey de la creacion.*

En el fondo de una ciudad de muchos habitantes, con calles llenas de movimiento y de vida, hay una,

estrecha, larga y tortuosa, que está como escondida entre las demás y donde el crepúsculo vespertino estiende más temprano el velo sombrío de las tinieblas. No dá á ningun punto importante, ni es preciso pasar por allí para ir á ningun lado; por una coincidencia misteriosa puede ser sin embargo camino de la cárcel y camino del cementerio. De noche es preciso tener un corazon muy esforzado para atravesar sus recodos temerosos y sus sombras más densas y más formidables que otra alguna. Allí se espera siempre la sorpresa del bandido, ó se cree escuchar ruidos de cadenas y ayes de moribundos.

Se cuenta que en lo antiguo salía una fantasma en aquel lugar á los transeuntes.

En el centro de esta calle tétrica hay un largo testero correspondiente á un edificio que segun dicen fué inquisitorial, el cual tiene algunos huecos, escasos en número, provistos de grandes hierros, llenos de telas de araña que aumentan el aspecto vetusto y hediondo del edificio. El testero forma rinconada con otra pared, y cerca del rincon se vé una pequeña puerta en forma de arco, la cual no tiene maderas, sino que sirve de entrada, ó de boca, á una galería honda y oscura que dá siempre paso al que quiera penetrar.

—Entrad... Vamos... ¿No?

Pues bien; por esa galería se vá á la casa del verdugo.

Yo entré una vez y tengo impreso en mi memoria hasta las huellas de las patas de las moscas que se paraban en las paredes de aquel lóbrego aposento.

Se iba á decapitar á un reo, amigo íntimo mio, que formó empeño en que yo fuese á hablar al ejecutor de la justicia para que le *tratase bien*, esto és, para que hiciese un brillante ejercicio sobre el tablado, ó sea, para que le matara con el mayor esmero posible. El encargo era doloroso, pero mi amigo lo hizo cuestion de última súplica y yo no quise dejar sobre mi conciencia el recuerdo de haber faltado á la amistad en tan solemnes momentos.

Fuí pues á la casa del verdugo.

Al llegar á la boca de la galería, miré hácia abajo, porque la galería tiene el pavimento en declive, y como ésta es larga, estrecha y oscura, sentí un hálito frio que sale siempre de ella y que se asemeja al contacto de la muerte.

Puse el pie en la rampa y me dejé ir hácia el fondo. Todavia al final de esta especie de paso subterráneo bajé tres escalones, y en un remanso que hacian allí las sombras, me metí, toqué una cosa que

dejaba en mis dedos la suavidad de lo mugriento, que me pareció ser la tabla manoseada de una puerta, y en efecto, apenas habia yo causado un pequeñísimo ruido, cuando la puerta se abrió, y aun entre tinieblas, se me presentó una figura vestida de luto, que me pareció ser mujer y vieja.

—¿Está?...

Iba á decir «ese hombre» pero se me quedó la palabra mordida por mis propios dientes; de ningun modo le habria dicho «el verdugo» porque creo que *él mismo* habría salido á pegarme.

La vieja sin embargo me comprendió al momento. Aunque vivieran muchas gentes en aquella casa, al decir «¿está?» no se podia tratar más que de uno; preguntando de un modo tan impersonal, habia que referirse á quien era la menos persona de todas; á un sér cuyo nombre pavoroso apenas aciertan á balbucear los labios. Diciendo «¿está?...» claro es, ¿á quién se habia de buscar allí? Al verdugo.

—Sí—contestó la vieja.

Este *si* me heló toda mi sangre. Yo hubiera querido que dijese bien claro: *nó*.

Me habría vuelto rampa arriba y me habría disculpado con mi conciencia de no desempeñar el encargo de mi amigo íntimo.

Pero no habia remedio; avancé algunos pasos, y lo que fué peor, en cuanto mi cuerpo dejó espacio suficiente, la maldita vieja me cerró la puerta. Yo habria querido decirle: «nó, déjela V. así, quizá necesite yo correr, salirme de esta gruta, ver la luz de arriba, aquí me asfixio.» Mas ¿cómo, ni por qué diría yo semejantes cosas á quien me recibia en *su casa*? La vieja, pues, cerró implacable la puerta.

Por lo pronto no sé lo que ví. Todo era para mí figuras negras y encarnadas, sangre y huesos, lenguas inmensas y cuellos retorcidos, ojos vidriosos, pieles moradas, trituraciones, rasguños, espumarajos; por delante de mí y á mi espalda y por los lados oia gemir, gemir infinitamente, y luego apretar las mandíbulas, rechinar los dientes y resquebrajarse los huesos.

—«Espere»—me dijo la vieja con una voz especialísima.

Quedé inmóvil en el fondo de la antecámara.

Esta era una habitacion pequeña, cuadrada, con el techo bajo, cinco sillas, una mesa de pino, una ventana á un pátio y una puerta en un rincon.

Dirigí maquinalmente una ojeada en mi derredor y distinguí sobre las paredes muchos cuadros, grandes y pequeños, grabados, litografías, fotografías,

alguno al lápiz y á la pluma, todo simétricamente puestos y con sus marcos respectivos; me acerqué y ví á *Luis XVI*, al *cura Merino*, á *Bailly*, á *Doumoullard*, al *cabo Collado*, al *Jardinero*, á la *Bernaola*... ¡quién sabe! innumerables ascendientes del patíbulo; ese estado vincular que pasa de unas á otras generaciones y cuya posesion se compra con la vida.

En el sér humano que se dedica á extinguir las existencias, al nacer al verdugo ha muerto el hombre; la cosa que queda pertenece á la madera y al hierro del cadalso; hay en ello una mezcla amasada de máquina y de reo; se nutre con el aliento de los criminales, desarrolla sus fuerzas con el manejo del tornillo, educa sus sentimientos con ver exhalarse el alma, su amor propio se satisface si *lo ha hecho bien*, y goza en aquel espectáculo en que á la fáz de un pueblo entero él solo queda vencedor.

Así pues, el verdugo, que no es más que el soplo viviente del patíbulo, el espíritu del cadalso, tiene sus mismos ascendientes; todos los decapitados forman su genealogía; la habitacion aquella era, por lo tanto, la sala noviliaria del verdugo.

La sangre que brotaba del conjunto de todas aque-

llas efigies hubiera teñido el océano. Eran tantas en número las vidas cortadas por la espada de la justicia, que el conjunto de todas ellas hubiera sido un rico presente de arrepentimiento para el Creador si se les hubiera dejado extinguirse en su término natural padeciendo por sus culpas...

De vez en cuando, aquí y acullá, habia un cuadro que tenia encima este letrero: *Inocente*.

Ante las efigies de estos mártires sin lauro, y lo que és más con deshonra y con oprobio, sentia rugir mi corazon; comprendí á la humanidad devoradora; y es que cuando la justicia mata, el corazon generoso está á punto de santificar al asesino. (1)

Estábame absorto en semejantes contemplaciones, cuando oí, digo mal, sentí, girar la puerta interior

---

(1) ¿Quién no sentirá horror hácia la pena de muerte? Afirmemos que no habrá uno que no lo sienta profundo. Y la universalidad de este sentimiento que así se manifiesta en nuestra naturaleza moral ¿no es una razon para creer que la ley que lo contraria no es buena?— Estableced prisiones, duras prisiones: todo lo que hagais con la libertad del hombre en sentido de la pena lo haceis con perfecto derecho: 1.° porque el crímen ataca siempre la libertad del hombre honrado y 2.° porque todo lo que haceis con la libertad lo haceis dentro de la vida.— ¡Oh! La pena de muerte es un gran delito y un delito innecesario! La estadística criminal enseña que allí donde se ha suprimido no se ha aumentado el número de criminales. Educad, educad á los pueblos, dad instruccion sin descanso: la educacion puede mas que los castigos; el cadalso rara vez recibe en su seno á individuos de las clases educadas. ¿Y no es inhumano que el pobre ignorante, por ser-

del cuarto y dar paso á un bulto; no sé si á un hombre.

Una inclinacion lenta de cabeza fué su primera cortesía, á la que yo contesté como pude, y enseguida

—«V. *me* buscaba...»—me dijo helándome de espanto su voz, que era, no sé si como las demás, pero para mí aterradora.

Ofrecióme una silla en uno de cuyos ángulos me sentó el miedo.

Hícele mi súplica y

—«Oh!»—me contestó—«no hay que temer, compañero, sé mi oficio.»

Debí abrir una boca de dos cuartas al oirme llamar *compañero* por aquel infame buho.

---

lo, pague los efectos de su ignorancia con la pérdida de la vida?—No recordaré los argumentos conocidos de la ciencia jurídica, que falla necesariamente en contra de la pena capital; recordando tan solo las razones utilitarias alegadas por sus partidarios diré que hay una sin embargo que seduce: la disciplina del ejército. Mas creed que la insubordinacion de los que obedecen proviene casi siempre del desconcierto de los que mandan; que el honor debe poder mas que el miedo, y que cualquier castigo duro, aplicado con severidad, es suficiente para corregir y para precaver sin necesidad de que se fusile.—Por último, no hagamos de la cuestion de la pena de muerte un asunto de política: partidarios y adversarios de ella pueden ser absolutistas y demagogos, y con ella y sin ella se puede combatir el absolutismo y la demagogia. Esta cuestion no debe ser discutida por los partidos, sino aparte de todo examinada y resuelta por la conciencia.

Él comprendió sin duda mi posicion y me dijo:

—«Bah, bah! V. no está acostumbrado á estos quehaceres; pero no importa, eche V. detrás de mí, que yo le probaré que su amigo quedará servido como V. pide y como él se merece.»

Cualquiera hubiera creido que se trataba de proporcionar á mi amigo una canongía.

A todo esto, el caiman se levantaba y me hacia seña de que entrase detras de él.

—«No hay cuidado, hombre, no hay cuidado; entre V. detrás de mí. ¡Cordeles! ¿Cuándo se convencerá la gente de que mi oficio es tan *honrao* como el de cura?»

Bajamos otros tres escalones y me ví debajo de una larga bóveda, ennegrecida por el humo y por los años, alumbrada por claraboyas y dividida por tabiques, tambien negruzcos, que, cortados por el tercio superior, esto es, sin llegar á la techumbre, que era toda una, formaban cuatro habitaciones seguidas: el despacho, la cocina, la alcoba y el cuarto de *los embelecos*.

Mirando por encima de los tabiques á lo largo de la bóveda parecía que se estaba en un panteon.

Observé que en toda la casa no habia mas habitantes que *él* y aquella vieja, *que no era su madre*.

Allí no habia *familia*. Y en efecto un verdugo no puede tener madre, ni se concibe que mujer alguna, sin una aberracion de la naturaleza, llegue á ser esposa de un verdugo. De un hombre que mata hombres como carneros, que mata *por su propia voluntad*, que vive *de eso*, que comercia en sangre humana. En su casa no cabe la santidad del hogar: él no és ni padre, ni hijo, ni esposo: verdugo.

—«Siéntese V., amigo»—me dijo así que entramos en el despacho.

Lo hice, porque prefería obedecerle á contestarle.

Entonces pude contemplar su rostro y su figura, mientras él, sentado en su escritorio, desliaba en silencio un bulto que tenia delante de sí.

Era un hombre vulgar; solo sus ojos eran sombríos y de vez en cuando dirigía ojeadas en su derredor con la mirada odiosa del misántropo. En el fondo de su alma debía haber algun tormento horrible, quizá algun agravio inmenso no vengado. Sin embargo, no se vaya á creer que este es el tipo unánime de los verdugos, pues los hay que pasan por hombres de buenos sentimientos y á quienes conmueven las escenas de ternura é intimidan las de terror. ¿Quién penetra estos secretos del corazon humano? Y la verdad es que sino hubiera verdugos

se encontraría un escollo más para la pena de muerte, que hoy se complace en revestir varias formas y en tener muchos brazos á su servicio.

Pero la humanidad es consecuente: donde hay madres que dan á luz tiranos debe haber otras que den á luz verdugos. Esto revela el órden del universo.

—«Mire V. este instrumentillo—me dijo levantando la cabeza—lo deslío á propósito para su amigo de V., es nuevo; vea V. qué bien entra por aquí el hierro y qué bien oprimen estos otros dos; aquí no falla; al primer impulso *crig*... ¿Qué es eso? ¿Le dá á V. miedo?»

En efecto, me pareció oir exactamente la trituracion horrorosa del moribundo.

—«Aquí está el cajon donde guardaré una memoria de ese amigo; puede V. decírselo; un mechon de pelo; se lo corto á todo el que yó despacho; mire usted, once mechones. Oh! este rojo fué muy malo; permaneció impenitente, y á última hora, cuando estaba yá en el banquillo, pidió confesion, se le acercó el Padre con mucha mansedumbre poniéndole el oido, y le dió tal mordisco en la oreja que le arrancó la mitad; murió el pobre renegando de su alma.

«Pues ¿y este del pelo negro? Toque V., toque V., ni un puerco-espin.»

Ya supondrá el lector que yo no tocaba.

«Le ahorqué—continuó—porque se habia comido fritas las entrañas de su suegra; verdad que hizo bien, pero tuvo la avilantéz de enviar un plato de la fritada al juez del pueblo; oh! era un demonio!»

«¡Pobrecillo! ¡este del pelo castaño! ¡Cuánto le hice penar! Se me torció el tornillo cuando ya tenia media alma fuera; volvia atras, apretaba, empezaba otra vez; otro apreton; y la pícara rosca sin correr, y él abriendo la boca y poniendo los ojos en blanco, y muriéndose como un perro; pero no acababa de morirse; y últimamente casi con mi misma mano tuve que rematarle. Eso sí, mejor que con la máquina!—Pero no tenga V. cuidado, que á su amigo de V. no le pasará nada de esto.»

Así fué siguiendo su exámen pavoroso.

Ya no sabia yo si dominaba en mí el terror, ó el corage contra aquella fiera, cuando empezó á enseñarme el mueblage de la habitacion contándome la historia de cada mueble, siempre relacionada con el fatídico cadalso. Habia una cómoda en el cuarto que se la legó en su última hora una muger rogándole que «la matara pronto;» y añadía que le dió

tambien una propineja. Una cortina amarilla, con manchas encarnadas, que habia en el hueco de la ventana claraboya era de restos de la hopa de un parricida; el tapete negro que tenia en su mesa de escribir habia pertenecido al tablado de las ejecuciones; un pañuelo que estaba colgado de un clavo en un rincon, habia cubierto el rostro y recibido el último aliento de no sé cuantos ahorcados; tenia tres sillas y un sofá que reconocian orígenes semejantes, y en fin un armario viejo y desvencijado, donde guardaba lo que él llamaba *sus apuntes*.

Pasamos por la cocina, y supe que en aquellos platos habia comido él algunas veces en la capilla con los reos. Los proporcionaba el Alcaide y luego se los traia él á su casa; eran gages de su oficio.

Atravesamos el cuarto donde pasaba este sér las horas, quizá tranquilas, de su incomprensible sueño y entramos en otro cuarto:

Era el de los embelecos. Pedazos de madera, trozos de la escalera fatal, cuerdas, clavos, palos, banquillos, utensilios de la maniobra. Todo articulado y palpitante. Allí se aspiraba olor de muerte y cualquier astilla de aquellos palos sabia decapitar.

Reparé que en las paredes habia varias cuerdas simétricamente colocadas y teniendo cada una un

papel escrito, que decía «*F. de T. ahorcado en tal parte y en tal fecha por tal delito. Verdugo, X;*» y aunque yo nada preguntaba, mi adlátere comprendió el motivo de mi curiosidad y me dijo:

—«Esos cordeles son del tiempo en que se ahorcaba en lugar de dar garrote; he comprado cuantos he podido á todos mis compañeros para hacer con ellos un buen negocio; pues ha de saber V. que hay un inglés que tiene el capricho de comprar los cordeles de todos los reos que se han ahorcado en el mundo.»

Admiré el capricho del inglés, pero manifesté mas que otra cosa deseo de salirme de aquella habitacion lóbrega donde tocaba, en cualquier descuido, tablas siniestras y pisaba á cada paso objetos aterradores.

Me faltaba ya el aliento, me ahogaba, y el ejecutor terrible haciéndose cargo de mi intranquilidad y moviéndose á compasion ¡á compasion! me dijo:

—«Le veo á V. intranquilo; vaya V. con Dios, vaya V. con Dios; diga V. á su amigo que esté descuidado, que no tendrá nada que echarme en cara.»

Y quiso darme la mano que yo cuidé de no tomar, escondiendo las mias á toda prisa en los bolsillos del pantalon.

Él hizo un gesto de desprecio profundísimo y di-

bujó en su rostro una de esas sonrisas que rugen dentro del alma.

Le puse una moneda de oro sobre la última mesa, y, ambicioso de luz y de libertad, salí en busca de la galería, que subí rápidamente hasta verme fuera de su boca, dejándome al tigre dando vueltas y resoplidos en el fondo de su madriguera.

AYUNTAMIENTO DE MURCIA
ARCHIVO Y BIBLIOTECA

EL ARBOL DE IPHIGENIA.

EL ARBOL DE IPHIGENIA.

I.

En la Alemania del Norte, entre los montes Egge y la selva de Deutschburgo, nace un pequeño rio que atraviesa en casi todo su curso terrenos pantanosos, y que sin embargo de ser escaso por lo comun en su corriente, tiene una desembocadura que no la desdeñarian el Vístula ó el Danubio. Se llama el rio *Ems*.

El paisaje que se extiende á sus orillas no difiere gran cosa del resto de Alemania, especialmente en su parte septentrional. La severidad, el aplomo, la lentitud, la dulzura le acompañan, la balada, la

poesía íntima, son su carácter genérico. Allí, donde los hombres son esencialmente graves y pensadores, la naturaleza parece tambien meditabunda y reflexiva. No hay viveza, pero hay en cambio una severidad magestuosa.

La vegetacion en la Alemania del Norte no es tan rica como en la parte meridional; sin embargo, debemos hacer una excepcion honrosa para el rio Ems; sus orillas, siempre fértiles, abrigadas por la larga cordillera que le vierte de su seno y que le dá paso al mar, se ven cubrirse de verdura y engalanarse con álamos y castaños; mientras que poco mas arriba se divisan el haya, el pino rojo y el enebro, y á una regular distancia espesos bosque de robles.

Siguiendo la orilla izquierda del rio, sorprende al viajero una perspectiva verdaderamente notable; en un hermoso valle, que en largo trecho se descubre al volver el recodo de una colina, se vé á lo lejos un objeto gigantesco, que, por la mucha distancia y por la niebla que suele haber en aquel lugar, no se alcanza á distinguir con exactitud, pareciendo ya una enorme pirámide, ya una gran roca aislada en medio de la ribera; mas á poco que nos acerquemos, podemos ver al fin que no es otra cosa que un gigante roble, cuyo diámetro mide cerca de tres

metros por su base y cuya altura es mayor que la de todos los conocidos.

Disputas ha habido entre los naturalistas sobre la especie del árbol; pues la verdad es que las hojas de aquel roble no son marcescentes, esto es, no quedan en la rama hasta la salida de otras nuevas, sino que caen todos los años lo mismo que las decíduas, y lo que es más, caen ántes de secarse, tienen un otoño prematuro, mueren jóvenes, se sepultan ántes de morir.

El hecho, como era consiguiente, ha dado lugar á grandes comentarios; y escuchando las tradiciones del pais, consultando archivos y revolviendo papeles llenos de polvo, se ha podido al fin sacar limpia la verdad, y saber la historia completa de este extraordinario arbusto, que sin aumentar ni disminuir, es como sigue.

II.

A principios del siglo pasado habia en el territorio que acabamos de recorrer, y muy cerca de la orilla del rio, una modesta casita rodeada de algu-

nos árboles, y que en vez de ostentar su exterior pintarrajeado de colorines, como casi todas las casas alemanas, tenia sencilla arquitectura, imitando piedra sus paredes, un escudo en cada ángulo de su fachada y un caballero con lanzon, casco y rodela dentro de una hornacina que habia sobre la puerta principal.

En mucha extension de terreno no habia otra casa. Verdad es que ella sola bastaba para preocupar la imaginacion de las gentes circunvecinas y aun de los pueblos distantes con los misterios que en su seno tenian lugar, pues se decia que en todas las noches de luna salían de aquel maravilloso aposento delicadísimas notas de un arpa que nunca pasaba de los preludios, dejando en el alma un deseo insufrible de que continuase, porque anunciaban una mano profundamente artista y se percibía en escasas notas un raudal de sentimiento. Que al poco la música cesaba; la estrella polar marcaba la media noche, y una bellísima figura atravesaba suavemente la falda de la colina, no pudiendo decirse con propiedad que se deslizaba como una sombra porque aquella figura era blanca como el pensamiento de una vírgen.

Quísose averiguar el misterio de esta peregrinacion nocturna: no faltó quien creyese en la existen-

cia real del génio de la noche, del Angel de la Guarda, de los espíritus errantes y de las Ondinas y Nereides que abandonaban su cristalino palacio de debajo de las ondas para sorprender dormido al mundo; mas todo lo que se pudo saber de cierto fué que á la *casa blanca*, que así llamaban á la que acabamos de describir, habia venido hacía tiempo una señora á quien se juzgaba opulenta y de ilustre estirpe, y á quien algun temor ó remordimiento tenían escondida en aquel modesto hogar, de tal modo, que nadie de la comarca la habia visto ni una sola vez, y se suponía que aquella vaporosa figura debería ser su hija, tal vez fruto del crímen.

Hasta aquí la historia no aclaraba bien los sucesos; mas de los que siguen hay completa seguridad, como que constan en documentos auténticos é irreprochables, leidos y releidos muy despacio por el mismo que hoy los cuenta.

Una noche descendía la jóven misteriosa desde la colina á la ribera, cuando al llegar al pié del inmenso roble sintió una voz que le decia:

—¡Iphigenia!

A la que ella contestó con entusiasmo:

—¡Guillermo!

Y volvió el rostro agitada y recelosa en torno suyo

creyendo que podría verla alguno de la servidumbre del noble caballero.

—No, dijo éste, estamos solos. Mis escuderos quedan en el fondo de ese barranco y ninguno osaría asomar á mi presencia. No quiero mas testigos que la noche. ¡Es tan hermosa la noche para amar, Iphigenia!

—¡Habeis cumplido vuestra palabra! fué la única contestacion de la jóven.

—Para eso me bastaría ser caballero; pero ambiciono que veais en mi conducta algo mas que mi nobleza.

—¡Oh! venir á estas horas por barrancos y encrucijadas donde podrán tener cavernas los bandidos... vuestro riesgo es grande, ¿no lo conoceis? No, no vengais, Guillermo.

—Nada hay que temer: para los bandidos llevo armas de oro. Luego las sombras son ángeles protectores; muchas veces la luz es nuestro mayor enemigo, y de seguro lo sería hoy de nuestra ventura si yo atravesase el campo y llegara á vuestra casa á la faz del sol.

—Pero bien, entrad en ella; mi madre...

—Basta; os exigí palabra de honor de no hablarme mas de vuestra madre; su nombre y el de mi

casa jamás han de verse juntos, y si á pesar de eso veis que os amo es porque de vuestra madre á vos hay una distancia que ahora no comprendeis, ni yo os la debo revelar. Además, su religion y la mía...

—¿Qué decís?

—No os importe; nuestros altares son nuestras almas enamoradas; nuestro Dios es por hoy nuestro cariño.

—No, no, Guillermo; me habeis dicho mucho; idos de aquí y olvidadme.

—¡Imposible!

—¿Qué quereis? ¿Separarme del alma de mi vida, mi madre; arrancarme la vida de mi alma, mi religion? Jamás, Guillermo; vos no me amais.

—Ved que os hallais en mi poder, que aquí cerca hay tres caballos, que la soledad os rodea y... que sin embargo de todo aun no os he dicho una palabra que ofenda vuestro pudor.

—¿Y qué? ¿Seríais caballero? ¿Creeis por ventura intimidarme? Nada temo; tras de este cielo azul hay alguien que vela por la inocencia.

—¡Siempre con su supersticion estúpida! dijo aparte el caballero; y luego añadió: está bien, Iphigenia; vendré y hablaré á vuestra madre, lo oís? hablaré á vuestra madre, repetía con un acento que aterraba.

¿La hablareis?

—Sí. Esperadme en la primera noche de la próxima luna. Ya sabeis que no puedo venir á veros á la faz del sol.

—Pues bien, el cielo me oirá; sobre el tronco de este árbol hago una cruz que guardará la pureza de mis amores.

E. Iphigenia pasó dos veces la yema de su dedo índice sobre el añoso tronco del roble, y quizá á impulsos de un poco viento que entónces empezó á soplar, cayó de las ramas gran cantidad de hojas, verdes todavía, sobre las cuales se arrodilló Iphigenia y oró un instante.

Guillermo, al ver su sencilla credulidad, contuvo una carcajada, y despidiéndose con dulzura, partió de allí en busca de sus caballos.

III.

Las rivalidades entre las casas nobles en todos los paises del mundo son tan antiguas como las preocupaciones y caprichos de la nobleza, y éstos datan desde las primeras casas nobles. En semejantes

asuntos, los hombres más ilustres por su alcurnia se convirtieron con frecuencia en una especie de mujeres que en tales cosas fundaban su vanidad que lo mismo hubiera sido que la hiciesen consistir en la elegancia del traje ó en la forma del peinado. El baron de Ceissac esperando á pierna desnuda á su señor feudal el obispo de Cahors; los feudatarios de la Torre-Chabet dando traspiés y saltos acompañados de cierto ruido innoble al recibir su investidura; el vasallo napolitano buscando un conejo que tuviese una oreja blanca y la otra negra para darlo en homenage; el noble español disputando su derecho de entrar á caballo en el templo de Jesucristo, son estravagancias de que la razon se lamenta, porque forman el ridículo de la historia. Hé aquí en lo que se ha fundado á veces la felicidad humana.

Pero convengamos en que las casas alemanas de Wald y de Thuringer tenian sérios y graves motivos de discordia, y aun pudiéramos decir, de ódio, si es que el ódio alguna vez se justifica.

La casa de los Wald, una de las más ilustres y opulentas de Alemania, contaba entre sus timbres más gloriosos el de haber ido uno de sus ascendientes en la primera cruzada á las órdenes inmediatas de Godofredo de Buillon, ayudándole en union de

algunos otros en la honrosa tarea de llevar el estandarte recibido de manos de Enrique IV; y otro timbre de que se vanagloriaban tanto ó más que del anterior, era que mientras la mayor parte de las familias nobles habian visto empañado su lustre por la mezcla de algun plebeyo ó por la deshonra de alguna bastardía, la altiva estirpe de Wald se conservaba pura en todas las líneas de su sangre, ostentando orgullosa el siguiente lema en el escudo: *Ni un bastardo*.

Las *castas* anécdotas que hemos oido referir de los indivíduos de la casa de Wald por el empeño que tenían en conservar ilesa la tradicion de su familia, harían ruborizarse á nuestros lectores; y desde luego se nota que en ellos el honor y la pureza, más que virtud, eran ya cuestion de alcurnia.

Sin embargo, debe tenerse presente que en la fundacion de uno de sus títulos, el que llevaba aneja la mayor parte de su fortuna, habia la cláusula condicional de que para poseerlo era indispensable que en la línea poseedora no hubiese existido bastardía, no hubiese nacido ningun hijo natural; con lo que se comprenderá cuántos esfuerzos haría la casa y cuánto vigilaría á sus parientes por su propio orgullo y natural interés.

En la fecha de los sucesos que vamos á referir habia de esta estirpe una hermosísima dama, princesa de Wald, madre de Guillermo, heredero de dicho título, la cual hizo conocimiento íntimo en un viaje con Bernardo de Thuringer, de quien se decía que habiendo sido comerciante de la Bohemia, nacido en lo más oscuro de la plebe y teniendo muchos parientes cercanos que andaban tocando el arpa por los caminos, habia conseguido por su fausto, y más aun por su figura, cautivar el amor de una dama principal, que si no tan ilustre como la madre de Guillermo, era de lo más noble y escogido de Alemania, cuya dama poco despues fué su esposa. De este matrimonio nació una hija encantadora, cuyo nombre fué *Iphigenia*.

La princesa de Wald, querida que habia sido de Bernardo de Thuringer, y la ilustre dama que vino á ser su legítima esposa eran enemigas irreconciliables por venir desde lo antiguo sus ascendientes en perpétua lucha desde que agregado el pais del Ems al ducado de Enrique Jasomirgott, se habian declarado unos por el nuevo duque y otros por el de Baviera. Guillermo, hijo de la princesa de Wald, conservaba los rencores de familia y odiaba á la esposa de Thuringer tanto como despreciaba á éste,

por lo que habia de oscuro en el origen de su linage, si bien sobre la cima de la que parecía ser su casa solariega se veía la bandera enarbolada en señal de casa noble.

Mas no estaba aquí solamente la causa de sus ódios tan pertinaces como profundos. La madre de Guillermo y Bernardo de Thuringer, en el viaje en que se conocieron, olvidaron respectivamente sus pergaminos y sus deberes, y de sus relaciones amorosas, que llegaron al escándalo, habia nacido un varon.

Hé aquí pisoteado un escudo de muchas generaciones.

Desde hoy la casa de Wald habrá perdido su honra, se verá sin buena parte de su fortuna, y lo que es peor todavía, lo que contrista mucho más que la fortuna y que la honra: no podrán poner en el escudo *Ni un bastardo.*

Esta ofensa es necesario vengarla profundamente, y Guillermo de Wald, con la mano sobre la cruz de su espada y la rodilla sobre el marmóreo pavimento del panteon de sus antepasados, jura ante aquellos sagrados manes no dar reposo á su vida mientras no devuelva la infamia que le arrebata la pureza de su estirpe.

No hay sensacion en la humana existencia que pueda asemejarse á la que en aquellos instantes despedazaba el alma de Guillermo; se resolvía á esperar hasta tener asegurada su venganza; su corazon iba á aguardar silencioso, pero como una madriguera de leones.

Pensó en la muerte y le pareció que el darla al seductor era pequeño castigo; pensó en la calumnia y la vió indigna de sí, pero le era necesaria una venganza y la concibió de la manera más desapiadada y pensó en que le sirviese de instrumento la bellísima Iphigenia.

Hé aquí el secreto de sus amores con Guillermo.

Iphigenia sabía la historia de su padre; pero ignoraba que Guillermo tuviese el apellido de Wald.

Entre tanto la buena madre de la jóven, huyendo de la vida licenciosa de su esposo, se habia retirado á vivir con su hija en la modesta casa de las orillas del *Ems*, donde la más profunda soledad era el único mundo que ambicionaban sus penas.

Guillermo vivía como un loco; no disfrutaba de sus antiguos placeres; no dormía; no hablaba á nádie; se le oía suspirar, casi rugir con frecuencia, y los más amigos suyos y cuantas personas tenían trato con él lamentaban el estravío de su razon.

La última vez que podemos hallarle en su casa es aquella en que rojo de furor abandonaba el panteon de su familia, para dirigirse á las orillas del Ems, ó sea en la primera noche de luna, próxima á la en que le hallamos con Iphigenia, cuatro horas ántes de la media noche, que era el tiempo que necesitaba para llegar á las orillas del rio al trotar de su caballo.

Momentos ántes de salir se postró ante las tumbas de sus antepasados y resonaron en el panteon estas palabras:

«Voy á vengaros, clara estirpe de los Wald; yo abjuré la religion de mis padres; mas no importa; el orgullo de mi familia ha sido ultrajado y mi propia sangre ha sido envenenada; mi escudo ha sido roto. ¿Quién exclamará desde hoy como en tantos siglos *Ni un bastardo?* Siento vuestros carcomidos huesos retorcerse de furor en vuestras tumbas. Dormid, que yo voy á la venganza.»

IV.

La noche estaba desapacible; habia nubarrones en el cielo, se sentía pesadez en la atmósfera y la

tierra estaba llena de lodazales por efecto de grandes lluvias.

Hubiera sido imposible esta vez á Iphigenia hacer á la ribera trono de sus amores; el rio traía caudalosa corriente, crecía, y aun se podia temer que se desbordase. Por aquellos alrededores se contaba que hacía largos años el rio creció de repente muchos metros é inundó toda la campiña. Y en verdad que el sitio aquel era peligroso porque dos dilatadas colinas formaban estrecho cauce y la corriente habia de ser por aquel punto impetuosa.

Así, pues, Guillermo no se detuvo y fué directamente á la casa, haciendo que sus escuderos subiesen á esperarle en lo alto de la colina.

—¡Guillermo! dijo una voz dulcísima desde el dintel de la puerta de la morada misteriosa, y al poco la mano de Iphigenia se cruzaba con la de Wald.

—¿Venís á hablar á mi madre?

—Sí, querida Iphigenia.

—¿Y si mi padre?...

—¿Qué decís?...

—¿Si estuviese aquí mi padre, tambien le hablaríais?

—¡Sí! dijo balbuceando Guillermo; ¿pero está? añadió con desasosiego.

—Está, Guillermo; no os lo debo ocultar; mi padre ha venido despues de tanto tiempo de tenernos abandonadas. ¿No os alegra?

—¡Oh! ¡mucho! eso colma mi ventura.

A Guillermo Wald se le enroscaba una serpiente al corazon. «Bien, dijo para sí; me ahorro el precio del asesino.» Mas luego pensó: «no, sería mancharme; debe morir asesinado por un canalla.» Vaciló algunos minutos y se dijo: «pero en fin, si sale á mi encuentro mi espada no sabrá detenerse; que muera!»

—¿Con que está vuestro padre, Bernardo de Thuringer?

—Sí, Guillermo; ya veis que soy venturosa.

—Y ántes de hablar con él ¿me oireis?

—¿Teneis acaso que revelarme?...

—Tal vez.

—¿Asuntos de religion?

—No; profeso la que vos querais.

—¡Dios mio!

—Callad; subamos á vuestra habitacion. Allí vendrá vuestro padre. Pero ántes...

—Bien, seguidme.

—Os sigo.

Y subiendo con cautela para no hacer el menor

ruido que despertase á los padres de Iphigenia que dormían profundamente, entraron en una habitacion donde la jóven enamorada esperaba persuadir á su amante á que al otro dia publicase ya su amor desde tanto tiempo oculto.

—¿Por qué tanta tenacidad, Guillermo? exclamó Iphigenia. ¿Por qué no resolverse hasta hoy de hacer público nuestro amor? ¿A quién temeis? ¿Por qué tanto misterio?

—Nada hay aquí de misterioso, Iphigenia; es que sois mujer y es que aun no tengo confianza en vuestro cariño.

—¡En mi cariño! ¿Pues por quién he salido tantas noches á esperar en la ribera? ¿Para quién he consagrado mi pensamiento? ¿Quién ha abierto la fuente de los placeres que viven en mi alma? Guillermo, no me ofendais. ¡Si viéseis cuántas veces me ha sorprendido el alba contemplando la senda por donde yo debia ver venir vuestro caballo! ¡Si supiéseis con qué ansiedad os esperaba! Nunca he sentido latir tan deprisa mi corazon.

E Iphigenia inclinaba la cabeza y bajaba los ojos con una languidez dulcísima que hubiera quebrantado el furor de todas las pasiones juntas, menos la del orgullo ofendido.

—No os creo, dijo Guillermo bruscamente.

—¿Qué mas pruebas quereis?

—Eso busco.

—Decidme.

—Un sacrificio.

—¿No bastan?

—¿Qué valen los que han sido necesarios para que pudiéramos vernos? ¿Acaso sin obrar así hubiera sido posible que me encontráseis delante?

—¿Pero qué misterio hay en vuestra vida?

—Os lo diré; pero ántes... ¿me amais?

—¡Oh! ¿Por qué esa duda?

—¿Seríais capaz...

—¿Qué pretendeis?

—Vuestro honor.

—¡Ah! exclamó Iphigenia, cubriéndose llorosa su rostro con las manos: ¡viene á seducirme! dijo tras de una breve pausa; es un infame; no me ama; ya comprendo el misterio de su vida; estoy en su poder; pero no, Dios no puede consentirlo.

—Guillermo, dijo altiva Iphigenia, levantándose; estais profanando este asilo de la honra; no me conoceis; soy hija de un padre extraviado, pero de una madre pura; desde hoy...

—Basta. ¿Conoceis la historia de vuestro padre?

—¿Y qué?

—¿Sabeis que ha ultrajado á una princesa y ha roto el escudo de la casa de los Wald?

—Pero bien, ¿qué quereis significarme?

—Que la hija de un seductor bien puede ser seducida. Vengo dispuesto á llevarme vuestro honor, y va á ser en este instante; puesto que no lo quereis por bien, á viva fuerza.

El rio habia crecido de tal modo que inundaba ya la casa á más de tres metros de altura y la corriente seguía creciendo; era ya imposible la salida; la situacion era aterradora; la más densa oscuridad envolvía el espacio; el agua traía un rumor siniestro, y al estrellarse contra las esquinas de la casa parecía querer desmoronar el edificio; se sentía el peligro sin verle, lo cual aumentaba su horror; los padres de Iphigenia abandonaban el lecho, é Iphigenia temblaba por las dos muertes que veía delante de sí; pero Guillermo, que no cedía en sus impulsos,

—No hay tiempo que perder, exclamó; la muerte podrá estorbarme.

Rojo de ira y sediento de venganza, se arrojó sobre su víctima, que se defendió heróicamente. Inútil fué la lucha; y cogiendo Guillermo á Iphigenia

con la rabia de un leon, la levantó hácia el hueco de una ventana y arrojó su cuerpo á merced de la corriente impetuosa.

En este instante apareció en la habitacion Bernardo de Thuringer que acudió á los gritos de Iphigenia, y el asesino desenvainó su espada diciendo:

—Yo soy Guillermo de Wald.

V.

¡Pobre Iphigenia! sus admirables formas eran ultrajadas por la maleza que arrastraba el rio y el cútis finísimo de su rostro azotado por la corriente. Sus hermosos cabellos se destrenzaban, sus ojos purísimos se llenaban de arena y su cuerpo era arrastrado como un bulto miserable.

Tan blanca, tan pura, tan ideal, tan inocente, parecía el alma de un ángel arrebatada por el torbellino del mundo.

¡Qué ansiedad, qué agonía, qué momentos de oscuridad y de temor dentro de su propio espíritu!

Giraba, se detenía, salía á flote, volvía á hundirse, sus brazos se levantaban crispados, hacía esfuerzos de vida, luchaba con la muerte.

De pronto siente un objeto; se ase á él con el indescriptible esfuerzo del que se ahoga; le sujeta, le abraza; queda allí detenida, segura; siente de un modo confuso, en medio de la turbacion de su sentido, que el agua devoradora pasa alrededor de ella dejándola en aquel lugar; confía en su salvacion; permanece allí inmóvil; no sabe quién la detiene; pero cada vez se oprime más á aquel objeto; empieza á recobrarse de su fatiga, mira en derredor y no vé mas que la noche; continúa así algunas horas en una ansiedad horrible; observa, sin embargo, que baja la corriente, y al despuntar el alba se vé suspendida en una considerable altura y á sus pies moviéndose un bulto negro.

Los primeros rayos del sol iluminaron la bellísima figura de Iphigenia sobre una robusta rama del añoso roble y detenido junto al tronco el cadáver de Guillermo.

AYUNTAMIENTO DE LA CORUÑA ARCHIVO Y BIBLIOTECA

VI.

Tal es lo que refiere la tradicion y la historia de aquella heroina de la virtud.

En la corteza del gigantesco árbol se vé todavía

la cruz que hizo Iphigenia y es objeto de diferentes comentarios, segun la mayor ó menor credulidad del observador.

Allí cerca hay una capilla que sus padres mandaron erigir donde perpétuamente se rinden gracias al cielo.

La historia de estos amores se sabe de memoria en toda aquella comarca y el roble corpulento, á semejanza de lo que sucedía con la famosa haya de la aldea de Donremy, rodeado de una verja y vigilado por los propietarios de la antigua casa de los Thuringer se enseña al viajero como una curiosidad, y es conocido en toda Alemania con el nombre de *El árbol de Iphigenia*.

MARTIROLOGIO.

MARTIROLOGIO.

¡El estado salvage! ¡El estado salvage! Hé aquí el centro de gravitacion universal de la especie humana. No puede haber duda. La especie humana tiene su centro de gravedad como se dice del mundo de la materia. El cuerpo abandonado á sí mismo cae (hágase merced de la palabra); la humanidad abandonada á sí propia va tambien por su fuerza sustancial necesaria á su punto de atraccion: este es *el estado salvage*. La educacion la detiene como la mano al objeto, pero toda la inmensa série de siglos que han pasado sobre el mundo no ha podido

hacer que el hecho que es no sea, y como Newton dió fórmula de ley á lo que hasta entonces era esperiencia tan solo, yo afirmo que la tendencia hácia el estado salvage es ley de la humanidad, ley que la regirá perpétuamente y que no borrarán, estad seguros de ello, todos los progresos juntos.

¿Por qué el hombre por cualquier miserable nimiedad hiere ó mata á cada paso á otro hombre? Porque lleva latente su naturaleza fiera. ¿Por qué en las calles de un pueblo culto no atravesais las sombras de la noche sino como iríais por los desiertos, con miedo, ó con un arma guardada que defienda vuestra vida? Porque temeis la ferocidad de vuestros hermanos. ¿Y los grandes criminales? Los tigres, las panteras y los leones no devoran á los de su especie. Entre ellos se goza de seguridad. ¿Y las complacencias del circo en los siglos que fueron calificados de oro? Su recuerdo angustia. ¿Y la guerra? ¡Oh! la guerra! La historia está enlagunada de sangre. Los canníbales se devoran en forma grosera y los pueblos cultos se matan con armas de precision: es lo mismo. Allí la naturaleza hace lo que sabe, aquí la ciencia enseña el modo de hacerlo mejor, pero la muerte se ríe en uno y otro caso. Civilizaciones y más civilizaciones y la guerra

siempre en pié, y con la guerra la peste, el exterminio, la devastacion de los campos espigados, la destruccion de maravillas del arte, la ruina de los pueblos, el luto de familias desoladas: nada para la vida, todo para la muerte.—Ved al hombre en un dia de revolucion con el puñal y la tea, gozándose en ser asesino é incendiario: ese no es un tigre, no es una pantera, es un hombre; pero se dejó ir hácia el polo de atraccion de la especie humana y está en pleno dominio de su naturaleza fiera, está en pleno estado salvage. Y todo así.

Mas nada de eso importa para el espíritu observador al lado de las pequeñas, diminutas, miserables ferocidades hijas del refinamiento del progreso. Porque lo malo que se ejecuta con más conciencia lleva consigo más alto grado de perversidad.

El dia 1.º de Agosto de 18... fué para mí triste, porque los pormenores de la operacion que quiero describiros me impresionaron vivamente.

Me encontraba en territorio aleman y confieso que estaba ya contrariado por la pesadez de aquel pais, donde todos los hombres son máquinas de bronce macizo, hombres cuadrados, sin nervios que alteren sus fisonomías; cuyos caractéres no se amoldaban al mio, nacido en España, pueblo más ligero

que el aleman, aunque puede consolarse con su vecino el francés. Todo es cuestion de razas (1).

Empecé sin embargo á participar de aquella severidad monótona ante la que por la espresion del rostro no hubieran sido notados ni el misántropo Chénier, ni el apenado Lutero, ni el mal humorado Voltaire, ni el fastidiado Chateaubriand, ni el melancólico Beethoven, ni el hipocondriaco Newton, ni el triste Larra. A pesar de lo cual la fisonomía de los alemanes no es ni de misantropía, ni de pena, ni de mal humor, ni de fastidio, ni melancólica, ni hipondriaca, ni triste. La fisonomía de un aleman es simplemente la fisonomía de un aleman.

Allí pasé el dia 1.º de Agosto de 18...

Recuerdo perfectamente el lugar, la escena y hasta el color de la atmósfera.

No habia allí mas que diez y seis hombres. Nada mas que diez y seis. ¡Pero pueden hacer tanto mal diez y seis hombres perversos!

---

(1) Esta diferencia de razas y de caractéres se ha visto en la última guerra. Yo no diré mal del pueblo francés que secundó el génio de Napoleon y que ha dado al mundo tan ilustres escritores; pero en su comparacion con Alemania sí se puede asegurar que en la última guerra toda la frivolidad ha estado de parte de Francia y toda la reflexion de parte de su enemiga.

Alemania estaba preocupada, como toda Europa, con la guerra de Crimea. ¡Parecía imposible! Mientras tanto aquellos diez y seis hombres, diez y seis energúmenos, no pensaban mas que en su negocio, en su horrible negocio. Solamente yo estaba como ellos: con la idea fija de lo que allí iba á ocurrir.

Aquellos diez y seis cáfres obedecían la voz de un gefe alto, grueso, mofletudo, rojo, con la barba crespa, los ojos saltones y en la boca una enorme pipa de espuma, siempre cargada y humeante. Iban uniformados con unos mandiles semejantes á los que han usado los zapadores del ejército, y en la cabeza alguno que otro una especie de chascás, y los demás ciertas caperuzas.

El pueblo circulaba por los alrededores de aquel siniestro lugar, quizá sospechando algo de lo que pasaba dentro, pero de fijo ignorando lo grave, lo que él no hubiera debido tolerar sin un motin; y pocas personas privilegiadas, (porque siempre es privilegio poder hacer lo que no puede hacer cualquiera) penetraban en el sitio mismo donde se preparaba la terrible ejecucion. Yo estaba allí de curioso, de simple curioso, pues protesto que no tenía parte ni en el crímen ni en sus resultados: iba tan solo por esa maldita *insatiabilis cupiditas* que tan

cara cuesta á la humanidad y de la que por este hecho me acuso con íntimo remordimiento.

Aquellos hombres se arremolinaban en desórden aparente, y se les veía á muchos de ellos armados, bien armados, con deseos de devorar, y á otros llevando de acá para allá ciertos aparatos ó máquinas de varias formas y tamaños que debian ser instrumentos de la guerra. Se sentía un olor ácre y á larga distancia se observaba humo de alguna pira preparada para quemar algun objeto. ¡Pobres mártires!

—¿Usted quiere?... empezó á decirme, invitándome á entrar en una especie de parque próximo el gefe de los diez y seis bekuanas, con entonacion épica y gesto de mal humor.

—Pasaré, le dije, vengo dispuesto á todo y quiero verlo todo.

Yo iba bien recomendado y tenía seguridad de que por más privado que aquello fuese, no me ocultarían ni el más pequeño detalle.

—Vendrá V. conmigo, me replicó. Sin mí no podría V. pasar.

—Sea pues, vamos. Al fin así he de convencerme por mis propios ojos y podré maldecir de las razas inhumanas.

—Gastará V. su sensibilidad sin provecho. La creacion se conserva á fuerza de sacrificios.

Entré, sin hablar más, seguido del fiero gefe de la tribu, atravesamos un vasto jardin en cuyas plantas no pude fijar mi vista y penetramos en otra seccion del edificio donde varios guardianes mal encarados indicaban que por allí no se penetraba con facilidad.

—Ya estamos en nuestro puesto—me dijo con voz áspera y abrió una puerta interior por donde solos los dos entramos en un cuarto cuadrado grande en cuyo centro y debajo de la campana de una inmensa chimenea se quemaba abundante hacina en imponente hoguera.

Su luz me aterró porque me hizo ver claro todo lo que yo temía. Allí al rededor habia doce infelices ¡doce mártires! Estaban sujetos fuertemente por los piés al pavimento, obligados á permanecer en posiciones violentas y recibiendo constantemente, *inexorablemente*, un calor que les requemaba. Hacía muchas horas, larguísimas horas, que aquellos infelices no habian satisfecho el hambre ni apagado la sed. Los alaridos de los furiosos con los de los exánimes producían un concierto que desgarraba; sus ánsias daban pena, y cuando yo iba á interce-

der con el feroz carcelero, éste con ademan de fruicion, como quien se goza en su propia infamia, me hizo observar que á cuatro pasos, á ménos, á dos pasos ¡qué! á paso y medio de cada mártir habia un plato de manjar del que más apetecían para que lo viesen sin comerlo; se les acercaba y se les retiraba, mandaba traer otros y repetía la operacion, les ponía muy cerca, muy cerca, muy cerca agua, y al instante les retiraba aquella agua salvadora que todos habrían absorvido con el ánsia con que el pulmon aspira el aire vital. Entre tanto, el fuego lento les consumía, les resecaba, gritaban, rugían en su interior, agitábanse desesperados, maldecían al parecer con amargura infinita, se aletargaban unas veces y otras se entregaban moribundos. Aquello era horroroso.

—Aire, aire para respirar!—grité yo saliéndome del aposento del crímen.—¡Infames, infames! ¡Ah! Yo estoy metido ¿quién lo dudaría? en el foco de una sociedad secreta y ese fiero barbi-rojo pudiera ser el gefe de todos los juramentados. Pero en este pais ¿no hay leyes? ¿No hay autoridad? ¿No hay policía? Yo he conocido los sacrificios humanos del Dahomey; pero aquello se esplica por las costumbres. ¡Mas aquí, en medio de un pueblo culto!

Y yo afirmo, aseguro, que esas víctimas son inocentes. Oh, sí, inocentes. ¿Tendrán sus almas premio en otra vida?... Pero ¿cómo pasa esto en un pueblo civilizado? Ah, sí, eso es, la ley moral, un pueblo culto con el corazon salvage, salvage, ni un punto menos que salvage, ley terrible, tanto más terrible cuanto que no es mudable como las leyes externas sino que es congénita con la humanidad, esto es, que va por dentro del indivíduo.

—Puede V. pasar á la casa del parque—me dijo viniendo hácia mí aquel hombre cuyo semblante se alteró tan solo con una ligera sonrisa producida por los gestos de espanto que debió ver en el mío.

—Está V. conmovido—me añadió.

—No transijo con lo cruel y menos cuando es innecesario.

—Nosotros tenemos más duras las entrañas. (Esta palabra crispó todos mis nervios).—Y luego, la cosa es lo más natural, lo más corriente...

—Sí, añada V., y lo más cristiano y lo más caritativo!

—Sabrá V. además que en ninguna parte de Europa...

—Son tan fieros. ¿Qué quería V. decirme? ¿Pretenderá V. que le erijan una estátua?

—¿No la tiene el americano Colt por la invencion del rewolver?

—El arma mata y defiende, pero VV. ¿qué hacen? mortificar á indefensas víctimas, ensañarse en el dolor...

—Todo lleva su sagrado objeto. En fin ¿va V. á la casa del parque? El nombre de V. lo conoce ya su gefe, á quien le he recomendado. Puede V. pasar. Estoy á la disposicion de V. Le avisaré cuando sea oportuno.

Y saludó, retirándose.

Me quedé un momento parado para reponerme de mi sensacion y luego continué mis malhadadas investigaciones.

La casa del parque presentaba una fachada no muy estensa y afectaba el estilo arquitectónico que nos trajo de Alemania en el siglo XIV Simon Coloma. Su interior no correspondía ya tanto al gusto de la arquitectura como al objeto útil á que cada una de sus piezas habia sido destinada. Aunque yo iba á lo desconocido, que siempre causa temor, respiré dentro de aquella casa siquiera porque no tenía delante de mí al hombre de barba roja.

Despues de pasar la vista por las habitaciones, que nada ofrecían de extraño, me dirigí á unos pe-

queños departamentos zoológicos donde á pesar de su poca estension se veían animales raros de diversas partes del mundo. Allí estaban las seis especies de bueyes que sirven para el alimento, la liebre del desierto, de color Isabela, el gato del Norte, de manto gris, el cerdo del Japon, cabras bezoares, carneros del Eúfrates y un enorme erizo de grandes orejas cogido en las Estepas del Turan.

En el fondo de otro departamento, dedicado á flores, habia una especie de kiosco, que era lugar de descanso y biblioteca. Allí me senté con propósito de refrigerar el ánimo y vinieron á mis manos varios librejos, tratados de piscicultura, historias de viajes, y otros asuntos de utilidad ó recreo, que pasé por alto, fijando al fin mi atencion en una obra de Scheitling, cuyas reflexiones sobre la inteligencia de los animales me renovaron la idea que yo he abrigado siempre de que los animales á quienes por soberbia llamamos irracionales, tienen razon y tienen alma, la razon que necesitan para ellos, y un alma que desconocemos ni mas ni menos que como desconocemos la nuestra. Fáltales expresion que iguale á la del hombre, pero tienen la bastante para comunicarse con él y sobrada para entenderse entre ellos mismos, en esa sociedad que constituyen, cu-

yos secretos y cuyos signos de comunicacion en vano trataríamos de averiguar con todas nuestras superiores luces.

Abismado en tales consideraciones hubiera permanecido si el gefe de la casa del parque no hubiera llegado á decirme que podia pasar adelante. Dejé el libro con pesar y temblé por lo futuro. Lo que ví cuando entramos en otro departamento me produjo casi tanta repugnancia como horror me habia producido la vista de aquellos infelices mártires, cuyo recuerdo no puedo borrar de mi memoria. Allí se estaba verificando una cria artificial, sacando polluelos sin el calor del nido, robando á la naturaleza, la máquina sustituyendo á la madre. ¡Oh! Este adelanto de la cultura es una irreverencia, un sacrilegio; para inventarlo, para acogerlo como bueno se necesita tener materializado el espíritu y podrido el corazon.

¿Pero quién habia de tenerlo sano en semejante guarida?

—Cuando V. guste—me dijo desde lejos una voz que me hizo volver la cabeza y reconocí con miedo que era la del fiero gefe de la tríbu, la del rojo cancerbero; de negras entrañas, é impasible como una estátua.

No sé si por mi voluntad ó maquinalmente retrocedí hasta él y juntos penetramos en aquel espacioso lugar donde se agitaban sus subordinados, los de las blusas de zapador y estrañas caperuzas.

Hízolos constituirse cerca de mí con ademan de respeto. Todos, aunque siempre graves, me observaban con curiosidad. Uno de ellos se adelantó trayendo un aparato, de los que me parecieron máquinas de guerra, que dejó sobre una mesa que habia á mi lado, al parecer preparada. El gefe me dijo entonces:

—Señor, queda V. servido. Aquí está lo que deseábamos.

—¿Es este, le increpé, el resultado obtenido por la civilizacion de tanta crueldad y tantos actos salvages?

—Sí; puede V. comerlo; está en su punto. Tendré un alto honor en que quede satisfecho. No lo hay mejor en Europa.

Y me ofreció un *Foie-grasse*, (con este nombre francés lo conocemos en España), manjar, segun dicen esquisito y aristocrático. ¡Un feroz manjar! ¿Cómo habrá quien se lo coma tranquilo? Ese manjar de todos los diablos se hace con hígado de pato, ó ganso, enfermado artificialmente, y aquellos do-

ce mártires, que no eran otra cosa que doce gansos nacidos en la incubacion del parque y sometidos despues á la accion del fuego, al hambre y á la rabia para que se les hinchasen las entrañas en salud, si así se puede decir, estaban destinados á entregar sus esponjados hígados en las manos inexorables de los cocineros de una fonda de Strasburgo.

Yó, por supuesto, no lo probé. ¡Ni lo probaré jamás!

EL ESPÍRITU DE DEMÓCRITO.

EL ESPÍRITU DE DEMÓCRITO.

Y bajando el espíritu de Demócrito, por la pata de la mesa del comedor de mi casa, comenzó en su lenguaje figurado á decir de esta manera:

—Muy buenas noches, señores.

—¡Ola, señor Demócrito!—dijo el más entusiasta espiritista de cuantos estaban allí pulsando el alma al bien humorado griego.—Dudábamos ya si V. se dignaría descender entre nosotros, pues hemos repetido nuestros llamamientos sin que V. se

sirviese oirnos. Mas al fin con tanta fé hemos evocado su presencia...

—Y bien, repuso el espíritu, alzando siempre la pata: (entiéndase la de la mesa de mi comedor) ¿á qué soy aquí llamado?

—Diré á V., señor Demócrito, diré á V. Pero ante todo rogámosle que no se incomode porque le hayamos traido á este mundo desde aquel otro invisible donde tantos años há que reposaba...

—Cá, hombre, cá, yo no me enfado por eso. V. no me conoce bien. Yo soy la carcajada en esencia, el alma de la alegría, el Mariano Fernandez de los espíritus, y ni allá arriba he tenido hasta hoy una hora triste, ni por bajar un escalon mas ó menos habia yo de ponerme de mal humor.

—Bueno. Pues entonces, voy á tener el honor de presentarle estos amigos que rodean el tablero de la mesa, llenos de uncion y ávidos de echar un párrafo con V. ó con cualquiera, sobre varios asuntos de las regiones del éther.

—Hombre, sí, tendré mucho gusto...

—Este señor, que se sienta á mi derecha, es un orador tempestuoso, célebre político, en cuya cara no se revela ciertamente la suavidad propia del trato con los séres espirituales; sin embargo, es buen

creyente. Este de mi izquierda es un militarote, un poco duro de génio, el pobre está medio loco, pero en fin, buena persona. El de enfrente es un catedrático de un Instituto de cierta provincia, bonachon y de verdadera fé. Aquel que está á su lado por su izquierda es un platero que vive en el mismo pueblo que el anterior, entusiasta si los hay. El del lado opuesto un canónigo civil, *ocupado como ántes*, miembro de cierto senado, buena inteligencia, pero que no está muy seguro todavía de la nueva doctrina, aunque confiesa ya la irresistible seduccion del algo desconocido. Y por último, aquel que sonríe á la espalda del círculo religioso es el que tiene la culpa de que V. haya sido evocado entre nosotros.

—Pues ¿cómo?—preguntó el espíritu de Demócrito, alzando por supuesto la pata de la mesa del comedor.

—Diré á V. Es muy incrédulo, no podemos hacerle admitir el orígen sobrenatural de nuestras relaciones y la efectividad de las manifestaciones de lo incorpóreo. Es poeta y sin embargo su imaginacion está anclada en la antigua naturaleza, sin querer penetrar ¡lástima grande! en este inmenso campo de maravilla donde nosotros vivimos.

—Hombre! yo tambien hice versos allá por mi

juventud; y aun allá arriba mi amigo Caláinos y yo nos entretenemos á veces emborronando papel, ó recitando á quien nos escucha. Yo toco bien la guitarra y él canta medianamente... de modo que pasamos buenos ratos.

—Muy bien; pues entonces escuche V. al oido.

La pata de la mesa hizo un movimiento que debió corresponder al de la oreja de Demócrito.

El interlocutor, llamado *medium*, continuó muy quedo preguntando de este modo:

—¿Quiere V. que autorice al poeta para que entre en plática con V. directamente?

—¡Por supuesto!

—Venga V. acá, señor mio, dijo el *medium* al poeta.

Y entrando este sus manos inocentes, unidas por sus pulgares, entre las demás que habia sobre el tablero de la mesa, formó nuevo eslabon en aquella cadena misteriosa que posee la virtud de traer en un segundo á la tierra y á nuestro mismo aposento á los habitantes del mundo inmaterial, por añejos que ellos sean, por desconocido que tuviesen nuestro trato y por torpes que fueran sus andamios (andares dijera yo) cuando solamente se movían por la corteza del globo.

El poeta era yo mismo; y puedo asegurar que cuando puse las manos en la forma correspondiente, el nogal de la mesa reveló un estremecimiento nervioso muy semejante, muy semejante al que esperimenta el examinando que se sienta á recibir las preguntas de sus profesores.

Aquello era indudablemente miedo.

—¿Estás ahí?—le pregunté hablándole tú por tú.

Alzó la mesa su pata y contestó:

—Sí, aquí estoy.

Entonces la mayoría de los iniciados opinó que el remo leñoso que servía de sentido corporal á la buena alma de Demócrito era harto pesado para el ejercicio de las funciones anímicas, porque se observa que los espíritus se entienden bien con un ligero velador, ó con una tapadera de caja de jalea á la que se unen tres pies sencillos, ó con una cesta de mimbres provista de su necesario lápiz; mas, ó no han podido convencer á los muebles de cierto peso, ó los alimentos de las mansiones celestes los tienen estenuados; ello es que así sucede, y como segun parece los espíritus son generalmente afónicos, no hay mas remedio que entenderse con ellos en la mayor parte de los casos por medio de la escritura y hacerlo segun su esclusiva y soberana vo-

luntad. Por esta causa la mayoría se inclinó á que se acudiese á la cesta con el lápiz, sobre la mesa misma del comedor, segun se habia practicado antes, sin perjuicio de que el espíritu levantase la pata cuando así lo tuviera por conveniente.

Sin embargo, algunos de la minoría hicieron observar que *el maestro* (1) ha dicho que no hay necesidad de lápices, ni de cestas, ni de veladores, porque hay mediums *auditivos*, como los hay videntes, parlantes, estáticos, psicógrafos, polígrafos, etc., y que por tanto bastaba con averiguar si alguno de los presentes se hallaba en condiciones de oir la voz del espíritu.

—Señores:—dije yo, siempre con las manos puestas sobre aquel nogal psíquico—he oido decir que el estado magnético aclara la vista, sutiliza los sentidos y abrevia las relaciones personales con esos respetables séres que pueblan el universo. Estoy dispuesto á someterme al esperimento y creo que el señor Demócrito tendrá la bondad de esperar unos minutos mientras VV. abren en mi persona estas nuevas vías de comunicacion para entenderme con él.

---

(1) Léase siempre Allan-Kardec.

—No hay inconveniente;—contestó un magnetizador de grandes orejas, pero muy ilustrado, que en aquel instante entraba en la habitacion donde estábamos reunidos.

—Paréceme, señor poeta, exclamó otro de los circunstantes, que V. no toma esto en sério.

—¿Cómo se entiende? Yo vengo de catecúmeno, y traigo toda mi voluntad firmemente resuelta á estudiar el asunto para aprender la verdad. *Noscere veritatem*. Cuando VV. gusten.

En efecto, el magnetizador, que, á pesar de sus grandes orejas, era hombre de buena sociedad y de un humor escelente, comenzó á darme *pases* sobre la faz y singularmente sobre los párpados, que produjeron á poco resultado positivo. Hay que advertir que eran las doce y media de la noche y que yo estaba regularmente acomodado en una buena butaca; diéronme con suavidad algunos pases y segun dicen me dormí.

Y aquí empieza lo prodigioso.

Saliéndose mi alma, (porque no podía ser otra cosa) en cueros vivos, de las cavernosas profundidades del sueño, preguntó con la misma boca con que yo despierto hablaba:

—Demócrito: ¿estás ahí?

A lo que Demócrito respondió, así como amostazado:

—Te he dicho ya que aquí estoy.

—Pero, de veras ¿eres Demócrito?

—¡Por Epícrates! ¿No he de conocerme yo á mí mismo?

—¡Oh! Epícrates... conocerse á sí mismo... sabe griego, conozco bien su estilo, este es Demócrito.

—Aquí estoy, mas ¿para qué soy llamado?

—Muy sencillo, amigo Demócrito. Te he preferido entre los demás séres volátiles que andan por esos espacios sin saber con qué entretener el ócio, precisamente porque una de las causas de que la religion del espiritismo no prospere entre los humanos es la existencia de los espíritus guasones, los que, ó no acuden al ser llamados, ó dan respuestas que dejan patilifuso al más creyente y que no son dignas de cabezas espirituales. Por eso yo he dicho para mí: llamemos al más guason de la humanidad, el que pasó su vida en perpétua carcajada, el cual deberá ser en el mundo de lo invisible prior y gefe de esa turba jovial y malandrina, que así con sus chanzonetas estorba el triunfo de la verdadera fé, y roguémosle que la sujete y detenga para que estas revelaciones de la verdad desconocida no pier-

dan su carácter sério ni sus frutos se malogren. Y hé aquí, amigo Demócrito, por qué vienes á esta tierra fria donde debes pasarlo mal así desnudo de carnes, porque aun con ellas y con ropa se suelen tener trabajos.

—Poeta: paréceme que tu fé no está segura para andar conmigo en plática.

—Tu tampoco me ofreces mucha seguridad porque, si mal no recuerdo, en tu pais te juzgaban un tanto materialista; mas una vez que me arguyes, te diré, para serte ingénuo, que estoy de credulidad menos que medianamente. Cuando evocamos momentos há tu presencia todo era en mí dirigir en derredor miradas investigadoras para ver por cuál puerta ibas á entrar, porque espíritu y todo paréceme duro eso de que sin mas ni mas puedas atravesar las paredes; mas ya que aquí te siento y con claridad te escucho, no pecara de prudente si dudara de lo que con tal realidad se presenta á mis sentidos.

—Poeta: voy entendiéndote; ya sé que aquí con pretesto de escuchar nuestra doctrina, los sócios haceis propaganda, y nuevos masones, os entendeis para vuestros fines; pero adelante; yo soy allá arriba empresario de teatros; mi gente baja alguna vez

á aprender la comedia humana y si tu y yo nos guiñásemos el ojo habíamos de ofrecer cosas muy buenas á la inocencia de este concurso.

—¡Quisiera que tuvieras mano para alargarte la mía!

—Es lo mismo: estimando y para siempre.

—Corrientes. Vamos allá.

Señores, —dije yo, siempre dormido y con mis manos puestas sobre el tablero parlante, —aquí está indudablemente Demócrito, que ha celebrado conmigo una conferencia preliminar, de la que salgo profundamente convicto; no hay duda: el espiritismo es la ciencia de la religion y la única fuente (otros dijeran balsa) de la verdad. Preparad papel y pluma y escribid limpio lo que en borrador voy á comunicaros para aumentar las páginas ya abundantes de la ciencia nueva.

Todos, trémulos, silenciosos y con las bocas abiertas, esperaron mi palabra, mientras el magnetizador de las grandes orejas preparaba papel y pluma para escribir fielmente, como escribió, cuanto sigue:

MEDIUM. (Yó)—Con que quedamos en que eres el mismísimo Demócrito?

ESPÍRITU. Hombre, de eso ya no hay que hablar.

Soy Demócrito en persona, *in spirituale sustratum, vel specímen.*

MED. Querrás decir *sustrato* y *specímine.*

ESP. Bueno, lo que tu quieras; pero no hay que pararse en reparos de gramática, què son trabas, desconocidas para nuestro desligado entendimiento, y vamos á lo que importa.

MED. Necesito preguntarte sobre tu existencia, sobre la razon del espiritismo y sobre los motivos de duda que se ofrecen á las inteligencias vulgares acerca de la verdad de la nueva religion, á la vez que nueva ciencia (1).

ESP. Mis contestaciones serán tan claras, tan categóricas y convincentes, que espero que despues de oirlas el más incrédulo cederá de sus añejas preocupaciones.

MED. Ante todo me ocurre que eso de bajar los espíritus á la tierra parece la democracia en el cielo, porque al fin los espíritus eran hasta ahora creaciones del Sér Supremo, tenían cierto tinte aristocrático, con sus títulos de ángeles y de arcángeles, y no bajaban así á tres ménos dos por ser

---

(1) Allan Kardec llama al espiritismo *la ciencia del mundo invisible* (!!!).

llamados á meeting en una reunion cualquiera. Y como las democracias nos tienen algo escamados, permíteme que te pregunte la esplicacion de esa llaneza del mundo espiritual.

Esp. ¡Oh! Eso consiste... en lo que consiste; y no puedo decirte más.

Med. La razon que me has dado me convence en absoluto y no esperaba menos de tu profundidad ethérea, por que estoy bien enterado de que de tanta lucidez y tanto peso como los de la razon que has aducido son por lo comun casi todas las que se hallan en los inspirados libros de Bonnamy, Pezzani, Du-Potet, Stecki, Boltinn, el mismo maestro Allan Kardec y tantos otros, que de estas materias tratan y á tan santo fin coadyuvan.

Mas preciso me será objetarte que vuestra forma de comunicacion no solo es harto llana y democrática, sino que tambien impropia de séres que no conocen las flaquezas de la carne, porque al fin para que tu alma y la mía, ó mejor dicho tu y mi alma os entendiéseis ¿qué necesidad ha podido haber ahora ni nunca de infiltrar la inteligencia en un pedazo de leño, que ni siquiera será de ébano ni de sándalo, sino tal vez de alcornoque? ¿Cómo me esplicas que los espíritus, hechuras de Dios, desligados del vil

cuerpo, hayan elegido para manifestarse al mundo el lenguaje tosco de la pata de una mesa?

ESP. ¡Ah! Pues ahí verás tu.

MED. Te reconozco en tu respuesta lacónica y espresiva y no insisto sobre este tema, suficientemente dilucidado. Conste que lo único que lamento es que seais demócratas.

ESP. Entre nosotros hay espíritus *superiores*.

MED. ¡Ola! Con que tambien allí hay clases? Pero vamos á otro terreno. ¿Podeis habitar entre nosotros aun cuando no seais llamados?

ESP. Sí.

MED. ¿De qué modo?

ESP. Dentro del hombre.

MED. ¿El alma os deja un hueco en su habitacion para hospedage?

ESP. Así és.

MED. ¿Y cómo os manifestais?

ESP. Hay hombres que hablan, segun el hombre, inspirados. Lo deben á los espíritus.

MED. No hace mucho que ví en este mismo pueblo un caso notable de los que me indicas. ¿Y cuándo más?

ESP. Hay hombres, qué, escitados por la bebida que llamais peñascaró (que otros dicen aguardiente),

ó por la más vulgar llamada peleon ó vino, profieren frases extraordinarias. Lo deben á los espíritus.

MED. *(Aparte al espíritu.)* ¡Que te resbalas, Demócrito!

ESP. Hay más casos. ¿No has visto pianos y otros instrumentos produciendo melodías por sí mismos? (1).

MED. Jamás he visto tal cosa.

ESP. Pues existe, y ese sonido expontáneo es debido á los espíritus. ¿No has oido alguna vez en tu casa sonar sola una campanilla?

MED. Eso sí.

ESP. Pues registrad la gruesa pared, ó subid á la falsa por donde pase el alambre y sino han sido los ratones, necesariamente es que han sido los espíritus.

MED. ¡Demócrito! ¡Demócrito! Hombre... ahora estás en lo seguro, pero te ruego que no te deslices, porque tu nombre no tiene la mejor fama y el asunto es para tratado en sério. ¿Estás dispuesto á renunciar á la guasa natural de tu carácter y á oir mis observaciones?

ESP. Dispuesto.

---

(1) Torres-Solanot.

MED. Pues bien, díme. ¿Cómo bajais á esta vida escapándoos, de seguro sin permiso, del padecer eterno en que segun las creencias ortodoxas viven las almas de los malvados, ó apartándoos del Sumo bien, que constituye la vida eterna del justo? Y despues de todo ¿á qué venís á la tierra? Vuestra mision dicen que es de caridad, pero entre tanto, sin darnos un nuevo norte moral que sustituya al antiguo, ni establecer bases concretas para ninguna ciencia positiva, os entreteneis en escribir frases vagas sobre asuntos inconexos; no decís mas que lo que ya se sabe; cuando más, aceptais todo lo malo plagiando el racionalismo de Krause ó acogiendo la reforma Luterana, para lo cual bastaba la comun facultad que se llama inteligencia, sin ser necesario que vinieran los espiritus (1); sois unas simples medianías; no llenais los vacíos de la historia, á pesar de que como testigos presenciales debiérais dar no-

(1) Algunos aficionados novicios ignoran que el espiritismo se halla condenado por la Iglesia. Los autores espiritistas condenan el catolicismo porque dicen que cierra las puertas á la razon. El que quiera iniciarse sepa que le espera ser protestante, ó racionalista. El que sea ya racionalista, ó protestante, no necesita tampoco buscar el camino de la supersticion para ir al punto á que él antes llegara por el medio más noble del raciocinio. No os dejeis, pues, seducir del espiritista, que no es otra cosa que un libre pensador dedicado á la nigromancia.

ticia exacta de los sucesos de vuestra época; no ofreceis nuevos horizontes al entendimiento humano, ni descubrís lo futuro. Entonces ¿qué papel es el del espiritismo? ¿Cuál es su fin? ¿Cuál su provecho? Como religion no cabeis dentro del dogma católico, y ya veis quién dudará en elegir entre el inmenso sacrificio del Calvario y el discurso de tramoya de la pata de un velador; como fenómeno humano, apenas se afirma otra cosa que vuestra existencia, ni se ha andado un dedo de camino en lo que averiguó y escribió el primer creyente. ¿Quiénes sois, pues, sino unos polichinelas?

ESP. ¡Canario!

MED. ¡Polichinelas, sí, polichinelas! No retiro ni una sílaba. Sois los antiguos magos, las no tan ancianas brujas, y vuestros hechos, decantados en tantas obras modernas, pudieran ser incluidos en las descripciones de sueños, de espectros, de demonios, de apariciones de almas, hechas desde el siglo quince al diez y ocho por numerosos escritores, desde Clusa hasta Langlet du Fresnoy, cuyos libros refieren prodigios de encantamiento (1). Vuestros sec-

(1) De apparicionibus animarum 1455.—Sur les aparition, les visions etc.—1752.

tarios tienen por ascendientes en sus medios de accion á los nigromantes y en sus creencias á los discípulos de Calvino y de Cornelio Jansénio; á Teofilacto, cuyas mangas echaban chispas de fuego; á Gerardo Brazuto, con sus legiones de demonios aparecidos; al calvinista Herri que se comunicaba con los espíritus en su asilo de las montañas; á Wesley, cuya casa era habitada por duendes; al macerado jansenista Páris, cuyo sepulcro milagroso hizo que se cerrara de órden del gobierno el cementerio de San Medardo; (1) y á otros mil *ejusdem fúrfuris*. Vosotros, pues, no teneis siquiera el mérito de lo nuevo. Sois la supersticion antigua.

Esp. No entiendo una palabra de lo que me dices.

Med. Estás en tu terreno. Pero ¿quieres contestar á mis objeciones?

Esp. Sí.

Med. *El maestro* acepta el sistema demoniaco, el pacto con el demonio, la mágia y casi la alquímia (2).

---

(1) Cuando se cerró el cementerio se puso esta inscripcion en la puerta:

De órden del rey, se prohibe á Dios
hacer milagros en este sitio.

(2) Torres-Solanot, presidente de la Sociedad espiritista española, dice terminantemente que el espiritismo es la mágia perfeccionada.

AYUNTAMIENTO DE MURCIA ARCHIVO Y BIBLIOTECA

Esp. Eso será cuenta suya.

Med. Cierto; pero ha invadido la inteligencia de muchas gentes.

Esp. Las inteligencias superiores ven más que las inferiores.

Med. Así se lo oí una vez á Pedro Grullo, que si no fué espiritista, debió faltarle poco, segun lo que se os parece en eso de argumentos decisivos y razones fundamentales. Más és lo cierto que del hecho sensible de haber caido algunas buenas inteligencias en la ciega supersticion no se deduce cosa alguna favorable á vuestra causa; porque entonces ¿cuál sería el criterio para buscar la verdad? La idolatría, el paganismo, las sectas derivadas del dogma católico, la religion del Corán, la regla de los Mormones, las estravagancias todas que pudiéramos referir, han tenido partidarios ilustres, entendimientos superiores, que las han abrazado con igual convencimiento. Tan seguros estaban el célebre historiador chino Se-ma-kuang de la verdad de la moral de Khung-Tseu y el abásida Als-Mamoun de la del culto del zancarron de Mahoma, sin ser inteligencias vulgares, como Balmes de la religion de Cristo. Y sin embargo la verdad es única y solo se halla en un punto. ¿Cómo, pues, he de tomar como ejemplo

el estravío? En materias de religion no lo hace todo el discurso y por lo que toca á las preocupaciones nada es más fácil que el más esperto se deje llevar de la maravilla y se haga supersticioso. — Vosotros, habitantes de las sombras, saltimbanquis de otro mundo, sois los que venís á perturbar las conciencias y á robar la tranquilidad de los hogares, sin más título de entrada que un fenómeno físico posible, un acto de movimiento que podemos admitir sin asegurar que no sea ilusion de los sentidos, pero desde el cual hasta suponer inteligencia en un pedazo de tabla, con la mediacion de las almas de los muertos, hay la distancia que vá de lo lógico á lo absurdo; lo que no impide ciertamente que la maravilla sea objeto de alucinacion para los cándidos y de lucro para los esplotadores de todo lo novelesco. ¿De qué modo me respondes á estos cargos?

Esp. De este modo. Atiende bien: esas dudas tuyas son *okttmpss... pqrstefich... bbugrlispien...* y cosas hondas.

Med. No digas más. Admiro tu claridad hiperbórea y puesto que veo pasar por casualidad por aquí una doméstica de mi casa armada de robusta escoba de caña fuerte y mocho gordo, espera que voy á darte lo que mereces.

Y alzando mi brazo á compás del impulso de mi espíritu, que creia enviar al de Demócrito el más solemne escobazo que á raton, araña, ó salamanquesa, se dió en lo que vá de mundo, dí por desdicha un cachete estupendo al creyente que estaba á mi lado izquierdo, el infeliz militar, que rodó al suelo con la silla que le tenía; empujó á los otros, que cayeron enredados; se fué sobre ellos la mesa con todas sus zarandajas; y yó, el único tranquilo, abrí los ojos á la luz despertando en medio de aquel cuadro disolvente, que representaba el de los judios que guardaban el santo sepulcro en el momento de resucitar Jesús.

No hay que decir que Demócrito había huido de estampía.

Aquí se acabó la sesion de espiritismo, ofreciendo algunos de los presentes rechazar con virilidad la tentacion del demonio y quedarse con la paz de las máximas del evangelio, en lugar de ser dóciles á preocupaciones que dañan la vida y que la razon repugna; mientras que otros siguen por la oscuridad, picados de impenitencia, y suponen que aquel desbarate trágico del círculo esperimental fué debido á un alarde de poder del mismo espíritu provo-

cado por la amenaza irreverente del escobazo que yó pensé propinarle.

¡¡Dios los ilumine y haga que la falsa doctrina de los magos del siglo XIX no la enseñen á sus hijos!

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO.	
El cuervo blanco.	1
La carcajada de un muerto	35
Un alma en pena.	61
La casa del verdugo.	93
El árbol de Iphigenia.	111
Martirologio	135
El espíritu de Demócrito.	151

SERRANO.

ULTIMOS

CANTOS.

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO
EST.ª 4
TAB.ª E
Nº 3

P. D. C.